

Este capítulo forma parte del libro:



***La experiencia vital femenina en la
academia mexicana contemporánea.
Repensar el género en diálogo desde
la autoetnografía***

**Susan Street
(Coordinadora)**



editorial.uaa.mx



libros.uaa.mx



revistas.uaa.mx



libreriavirtual.uaa.mx

Número de edición: Primera edición electrónica

Editorial(es):

- Universidad Autónoma de Aguascalientes
- Centro de Investigaciones y Estudios Superiores (CIESAS)
- El Colegio de San Luis

País: México

Año: 2025

Páginas: 380 pp.

Formato: PDF

ISBN: 978-607-2638-15-0 (UAA)

978-607-486-759-6 (CIESAS)

978-607-2627-49-9 (COLSAN)

DOI:

<https://doi.org/10.33064/UAU/978-607-2638-15-0>

Licencia CC:



Disponible en:

<https://libros.uaa.mx/uaa/catalog/book/341>

DE CUANDO FUI MUTANTE-MARGINAL DEL CONOCIMIENTO EN LA CAPITAL ZOMBI

CONSUELO PATRICIA MARTÍNEZ LOZANO

Para las mujeres de mi familia.

Para mis amigas.

*Nosotras, además de estudiosas de estadísticas,
tenemos que entender que nuestra vida es
una investigación. Nuestra vida es un testimonio.*

Rita Segato (<<https://www.youtube.com/watch?v=Nvss3YPEUv4>>).

*Pues ¿qué os pudiera contar, Señora, de los secretos naturales que he descubierto
estando guisando? Veo que un huevo se une y frie en la manteca o aceite y, por
contrario, se despedaza en el almíbar; ver que para que el azúcar se conserve
fluido basta echarle una muy mínima parte de agua en que haya estado
membrillo u otra fruta agria; ver que la yema y clara de un mismo huevo son
tan contrarias, que en los unos, que se sirven para el azúcar, sirve cada una de
por sí y juntas no. Por no cansaros con tales frialidades, que sólo refiero por daros
entera noticia de mi natural y creo que os causará risa; pero, señora, ¿qué
podemos saber las mujeres sino filosofías de cocina? Bien dijo Lupercio
Leonardo, que bien se puede filosofar y aderezar la cena. Y yo suelo decir viendo
estas cosillas: si Aristóteles hubiera guisado, mucho más hubiera escrito.*

Sor Juana Inés de la Cruz (1998: 54)

Soy mujer de pensamiento [...]
Soy mujer remolino [...]
Mujer payasa dueña
Mujer payasa que está debajo de lo sagrado
Mujer payasa, ven.
María Sabina (Estrada, 1989: 112-121)

Aunque yo suelo contar mi vida a la menor provocación y a petición expresa de nadie, no me resulta sencillo escribir un texto pretendidamente autoetnográfico sobre algunos episodios que den cuenta de experiencias personales relacionadas con las instituciones de educación superior por las que he transitado. Creo que la dificultad radica, principalmente, en que ésta es la primera ocasión que me involucro en la producción de un ejercicio en esta línea. Si bien, me parece, de alguna manera el desarrollo de la investigación en ciencias sociales provee de elementos para configurar miradas autodiscursivas (y autodiscurrentes) sobre la figura y presencia de una misma como investigadora frente a los otros, en el terreno de la indagación y fuera de él, cuando se da forma y consistencia a la escritura mediante la cual se expresa el conocimiento adquirido por un proceso sistemático específico.

Empezaré por definir la direccionalidad de este capítulo. El texto apunta en dos sentidos, cada uno con sus ramificaciones: 1) Breve discusión analítica en torno a la reflexividad, el conocimiento y las instituciones escolares como ámbitos jerarquizados y eminentemente patriarcales; el feminismo y el género desde un posicionamiento decolonial, así como la presencia del humor en las mujeres como forma de resistencia y aliciente cotidiano ante la configuración del poder; 2) desarrollo de la escritura, con miras autoetnográficas, de vivencias cuando cursé el programa de maestría en desarrollo regional en El Colegio de la Frontera Norte, en la ciudad de Tijuana, Baja California (la Capital Zombi a la que alude el título). También integro en esta parte algunas reflexiones sobre mi trayectoria escolar en general y la presencia del humor femenino como atemperación de los contextos escolares-patriarcales.

LA CONDICIÓN MARGINAL COMO DETONANTE PARA LA REFLEXIVIDAD

Ser marginal puede convertirse en un punto clave para desarrollar la reflexividad. Quien se halla en la periferia de alguna situación o en una posición de desventaja encontrará elementos para elaborar cuestionamientos, preguntas, disquisiciones que atañen a la circunstancia que se experimenta en un plano y coordenados de desigualdad (Martínez y Solís, 2019). Estar fuera de los márgenes, percibirse en la rareza, vivenciar la sujeción, la subordinación, incentiva una mirada inquisitiva de la realidad. ¿Qué ocurre? ¿Por qué me percibo en este ámbito y mecanismo de exterioridad, de extrañeza? Hay que tomar en cuenta que, justamente, este tipo de preguntas pueden ser muy frecuentes en el desarrollo del trabajo de campo para las personas que nos dedicamos a la investigación social desde una perspectiva antropológica. La significación y vivencia de la alteridad es muy familiar para quien desarrolla investigación en antropología social.

Como ya mencioné, en términos de mi desempeño y carrera académica, no me he involucrado en el ejercicio autoetnográfico. Es por ello, por esta acusada carencia, que mi perspectiva en la elaboración de estas líneas parte de la idea de reflexividad en concordancia con un entendimiento antropológico respecto al trabajo etnográfico en general. Lo anterior, por supuesto, posicionada en la plataforma de conocimiento en torno a los estudios de género, que ha sido mi principal línea de investigación desde que estudié el doctorado. También es importante identificar mi posicionamiento, abiertamente feminista y decolonial.¹

¹ En términos generales, la perspectiva decolonial a la que me refiero y adscribo tiene como uno de sus aspectos básicos las propuestas de Aníbal Quijano sobre la “colonialidad del poder”. Un término clave para entender este posicionamiento es la acuñación del concepto de raza como una invención de Occidente a partir de la invasión de conquista desarrollada por Europa en América. En la idea de *raza* se funda, sustenta y naturaliza la dominación de Occidente sobre la alteridad, lo distinto. Antes de las formas de dominación por la pertenencia a una clase social, se configura dicha dominación por la “racialización” de las personas. “Raza es, por lo tanto, la idea-eje de la sociología de la colonialidad, y la Conquista el pivot de la historia. [...] sólo la raza remite al horizonte que habitamos, marcado por el evento fundacional de la Conquista, y permite reconstruir el hilo de las memorias intervenidas por las múltiples censuras de la colonialidad, mientras la clase [social] oblitera ese horizonte,

Bajo esta idea, las mujeres, como personas marginales, tenemos múltiples asideros para encaminarnos por senderos reflexivos. Retomo a Bourdieu para entender a la reflexividad como *pensar en lo impensado* (en Bourdieu y Wacquant, 1995). En su calidad de académico varón que se ubica en los márgenes de la academia occidental, Bourdieu logra distinguir la trascendencia de la historización de lo no historizado. Ése es el punto nodal del quehacer reflexivo. Y esta reflexión historizadora siempre apuntará la aguja de la brújula hacia las configuraciones estructurales, hacia el *habitus* normalizado que naturaliza lo arbitrario aposentado, incorporado en el cuerpo de los sujetos. Hay pues, en la reflexividad, una confluencia estructural incorporizada en la práctica individual. En estos términos, me parece que el proceso o ejercicio reflexivo es de carácter dual y no binario. Es decir, que proviene más de configuraciones de pensamiento no occidentales. En el cuerpo de la persona individual se integra un cosmos estructural.²

Rossana Guber expresa tres dimensiones de la reflexividad que se experimentan durante el desarrollo del trabajo etnográfico, bajo las cuales opera la persona que investiga en interacción con quienes participan en la investigación: “La reflexividad del investigador en tanto miembro de una sociedad o cultura; la reflexividad del investigador en tanto

lo enmascara y hasta lo forclusa, induciendo así el olvido de quienes somos y a la ignorancia de los ríos de sangre que manchan el suelo que pisamos hasta hoy, conduciendo al equívoco de que es posible pensar de la misma forma desde el Norte y desde el Sur. Es de notar también la precedencia del racismo sobre la raza, porque es aquel que crea ésta: la raza es un producto de la estrategia racista del expropiador” (Segato, 2015: 18). Finalmente, señaló que la idea de colonialidad alude a un proceso de conquista que no ha terminado, sino que persiste y se renueva de manera constante. Por otro lado, el pensamiento decolonial tiene también diversas y variadas críticas según sus vertientes, rumbos y discursos.

² Aquí cabe hacer una breve aclaración: entiendo que Occidente no es homogéneo, sino que existe una gran diversidad social en ese contexto. Sin embargo, la configuración estructural del Estado “moderno”, democrático, republicano, tal como lo conocemos y vivimos en nuestras geografías de América Latina, ha sido parte o consecuencia del evento colonial que persiste hasta nuestros días. Esa imposición colonial proviene de la conformación patriarcal, del pensamiento binario, de Occidente. En ese sentido, hago alusión o me refiero al occidente “hegemónico”, creador del Estado “moderno” que ha sido impuesto en nuestras geografías. Y también, como expresa Rita Segato (2016), entiendo al Estado occidental como la culminación de la historia de los hombres, no de las mujeres.

investigador, con su perspectiva teórica, sus interlocutores académicos, sus *habitus* disciplinarios y su epistemocentrismo; y las reflexividades de la población que estudia” (Guber, 2015: 46). Estas dimensiones se superponen, se entrecruzan, forman un entramado que permea la labor investigativa.

En términos del ejercicio autoetnográfico, para quienes nos desempeñamos en el ámbito académico, estas tres dimensiones se encuentran presentes y también perfilan esa intersección estructural-individual. Asimismo, el planteamiento de Guber apunta hacia un factor importante que debe tomarse en cuenta: la reflexividad no es sólo, única o puramente individual, sino que también se configuran reflexividades colectivas, grupales, comunales. La historización de la marginalidad es continuamente desarrollada por las personas que integran los pueblos originarios. Sus luchas reivindicativas, en todos los sentidos, obedecen a un proceso reflexivo en, desde y para la colectividad.

Aunque Segato (2015) expresa y critica que la idea de reflexividad fue cooptada y teorizada por Occidente (señalamiento con el que coincido), me parece que pensar dicho planteamiento en términos de la marginalidad es una forma de disolver ese patrón académico occidental que lo normativiza, y es una manera de pensar la reflexividad y lo autoetnográfico desde plataformas decoloniales. Pensada así, la reflexividad puede acercarse sin problemas a lo que Segato denomina “una antropología por demanda”, aportación con la que también comulgo totalmente.³

³ Por razones de espacio y objetivos de este capítulo, no profundizaré en la descripción de esta propuesta de Segato; sólo me permitiré citar lo siguiente sobre la idea de “antropología por demanda”: “Significa un cambio radical en la práctica y en los valores que inspiran la disciplina hasta hoy, pues ni se trata de producir conocimiento sobre el otro o sobre la diversidad de las formas de existencia humana, ni consiste en la antropología reflexiva [ya señalé que Segato es crítica de ese término e idea, aunque de manera personal busco o intento su operatividad de otra forma más cercana a la postura decolonial] propuesta por la perspectiva posmoderna, es decir, la inmersión pasajera en el mundo del otro para retornar a nosotros mismos con extrañamiento antropológico a fin de vernos con mayor claridad. No se trata tampoco de una *antropología aplicada*, ya que ésta no garantiza la decisión sobre las metas a las comunidades y pueblos, y usualmente se orienta a ideas de progreso y desarrollo eurocéntricamente fijadas [...] Lo que propongo es que nuestro antiguo “objeto” clásico sea hoy el que nos interpele, nos diga quién somos y qué espera de nosotros, y nos demande el uso de nuestra “caja de herramientas” para responder preguntas y

Las mujeres hemos sido confinadas por el patriarcado a una posición de marginalidad, principalmente en los espacios públicos, de poder y de toma de decisiones. En el ámbito académico, aun la mujer más empoderada, en algún momento de su vida, se verá en una posición de subordinación, de marginalidad, de desigualdad, de desventaja, de cuestionamiento por el hecho de ser mujer. Es una condicionante a la conformación patriarcal de todas las prácticas sociales y de los entornos en donde se efectúan (Lagarde, 2001).

Las instituciones de los estados republicanos son organismos altamente jerarquizados, constituidos y cimentados a partir de un ejercicio del poder patriarcal. Desde una visión decolonial, el proceso colonizador en realidad no ha terminado. Las supuestas repúblicas democráticas, al menos como las conocemos en América Latina y el Caribe, no son sino una continuidad de la administración pública y política colonial imperialista occidental (Segato, 2015). Han sido impuestas, no nos pertenecen. Hay una ejecución del poder de manera vertical, autoritaria y de exterioridad hacia la población gobernada. Las instituciones del Estado se desenvuelven como si respondieran a los dictámenes de un poder occidental invasor, y como si las personas fueran tributarias obligatorias de una autoridad suprema que es ajena y externa al territorio que ocupan, pero que se ostenta como dueña de dicho entorno (Segato, 2016).

Las universidades, los entornos educativos en general, como actualmente los conocemos y los vivimos, han sido creados por Occidente conforme a una estructura patriarcal de dominación. Las universidades fueron hechas en Europa por y para los varones. En un ejercicio reflexivo, de historización, esos mecanismos de la Edad Media tienen formas de continuidad que se objetivan en las prácticas actuales. La presencia de las mujeres en las universidades, tanto en Occidente como en espacios no occidentales (pero sí occidentalizados) siempre ha sido marginal, incluso en las áreas de profesionalización que han sido denominadas como altamente feminizadas; por ejemplo, la docencia o también las carreras universitarias de enfermería. Hay que hacer notar que estos espacios se refieren más a las prácticas de cuidado que a la generación

contribuir con su proyecto histórico. [...] es [...] una *antropología interpelada, solicitada, demandada por los pueblos que por un siglo le sirvieron de objeto*” (Segato, 2015: 13-14. Cursivas del original).

de conocimiento. Es decir, aluden a que las mujeres se encuentran más facultadas para llevar a efecto prácticas de atención hacia los demás: educar a la infancia, atender a las personas enfermas, y no tanto a que pueden desarrollar aportaciones epistémicas relevantes.

La conformación patriarcal es el basamento primordial de las instituciones de educación superior (IES). Aunque el discurso institucional de los centros educativos y de investigación públicos aluda a una difusión del conocimiento en términos de igualdad, en realidad la maquinaria institucional opera a partir de fomentar y subrayar la desigualdad (Dubet, 2005; Bourdieu y Passeron, 2008). El mecanismo que da vida y sentido a las universidades tiene un motor que se activa en función de asimilar y acender las desigualdades en las personas que conforman estos organismos. En términos del pensamiento decolonial, esta desigualdad tiene, fundamentalmente, una base de “racialidad”, de determinar y naturalizar la inferioridad, que deviene en una diferencia de clase y, por supuesto, de género. Siguiendo esta idea, Segato (2015) señala que, conforme a los planteamientos de Aníbal Quijano, así como a la idea de “raza” creada por Occidente, que “biologiza” la subordinación conforme al origen étnico y las características físicas de las personas, esta perspectiva puede trasladarse al planteamiento de género, pues a partir de los mismos mecanismos con los que se configuró la concepción de “raza” para argumentar la desigualdad y naturalizar la significación de inferioridad en los grupos humanos no europeos, así también opera la construcción de género que atribuye a la biología la condición de sometimiento en las mujeres y que excluye a la diversidad sexual que no se apega a los cánones de heteronormatividad y de masculinidad hegemónica (Connell, 2003). Estas condiciones subalternas naturalizadas se imponen mediante mecanismos autoritarios, de violencia y dominación bajo los que opera el patriarcado.

Las IES constituyen organismos altamente jerarquizados. Los nombramientos, las jerarquías, los niveles, los escalafones son configuraciones ampliamente valoradas en las organizaciones educativas. Esto deviene –y es el baluarte– en la conformación de relaciones de poder y control que son el sustento de la maquinaria y formas de *ser y hacer* dentro de las universidades o los centros de formación en posgrados. Los feudos y cotos de poder que se configuran en las IES revelan la índole

patriarcal, occidentalizada, de estas instituciones. Esta parafernalia operativa del poder en las universidades tiene un sustento fundamental: la difusión y generación del conocimiento. De tal manera que dentro y fuera de las IES se construye un capital simbólico muy valorado que se atribuye a estos organismos, pues tiene relación directa con el trabajo intelectual, la formación profesional y la construcción del conocimiento. Estos atributos son direccionalizados de manera preponderante hacia la población masculina. Los profesores varones poseen y construyen un capital simbólico de gran estima, tanto dentro como fuera de las universidades (Martínez, 2017a).

Dentro de los planteles y fuera del salón de clases, los profesores ejercen autoridad. Comúnmente los salones de clases están diseñados para simbolizar y reafirmar esa posición de dominio, de observación y control de las personas y de todo cuanto acontece en el aula. Es un escenario. De igual manera ocurre, por ejemplo, con las oficinas, despachos o cubículos de los profesores universitarios. Son su territorio. Han sido conformados para que el profesor asiente en ese espacio su condición de persona con autoridad que dictamina, controla, ordena y también donde *se muestra*, se exhibe en su potencia de capital simbólico del conocimiento. Esto entraña una conformación de la violencia simbólica (Bourdieu, 2000) que, como toda violencia, se dimensiona en una parte instrumental y una parte expresiva (Segato, 2010). Es, igualmente, un escenario donde el profesor *ambienta* su labor intelectual para que sea mirada por los subalternos (estudiantes) y los pares (otros docentes). Proyecta una imagen de sí mismo en la que se subraya la calidad del capital simbólico otorgado como profesor universitario. Las IES son entornos profundamente patriarcales en donde los profesores tienen la oportunidad de desplegar su poder como en pasarela y con los reflectores iluminándolos. Todos los espacios de la convivencia universitaria están conformados como ámbitos de exhibición, autoridad y empoderamiento de los profesores y de reafirmación del capital simbólico del conocimiento, del trabajo intelectual o de las habilidades profesionales que poseen. En términos generales, las mujeres (estudiantes, profesoras, también empleadas administrativas) son ubicadas en las IES como personas advenedizas a un contexto público que no es el adecuado para

ellas ni su *ambiente natural*. Son impostadas en ese entorno, “intrusas”, como señalan Buquet *et al.* (2013).⁴

Parto de los planteamientos de Segato (2010; 2016) para entender a las IES como entornos donde se construye y desarrolla un mandato patriarcal de masculinidad que impone a los varones el requisito indispensable –para demostrar que son “hombres académicos de verdad”– de evidenciar potencia, autoridad, control, dominio ante sus pares, sus cofrades, los otros varones profesores universitarios. El capital simbólico del conocimiento les provee de herramientas para desplegar ese poderío. La instauración y expresión del poder implica una forma de violencia. La demostración de la potencia requiere de víctimas sacrificiales, como apunta Segato. Este binomio mandato de masculinidad-conocimiento configura un territorio, un feudo, una fortaleza celosamente custodiada –parafraseando a Rosario Castellanos (2005) en un su tesis *Sobre cultura femenina*–, lo cual implica el sacrificio, la violentación, el “disciplinamiento” de las personas marginales que pretenden horadar esta frontera. Los varones violentos se asumen y se proyectan como grandes “disciplinadores” (Segato, 2010) que imponen su control, su autoridad, por medio de la violencia, para “traer al orden” (diría Bourdieu, 2000; 2007) a las mujeres, como entes residuales de la gran figura monolítica del varón.⁵

⁴ A manera de comentario sobre la presencia de las mujeres en las universidades, vale la pena señalar brevemente lo que plantea Palomar (2009) respecto al desarrollo o cooptación de los temas o las problemáticas de género por las IES. Palomar señala, conforme a planteamientos de Joan Scott, “que la producción académica y de difusión en torno al género que surge de las IES puede verse seriamente afectada en su posición reflexiva y de análisis crítico sobre las relaciones de género en las universidades. [...] al ser entidades institucionalizadas, cooptadas o inherentes al poder institucional, pierden la posibilidad de desarrollar acciones directas o incisivas en torno a las relaciones de género que se gestan en las universidades, las cuales podrían llevar a una posición crítica al mismo poder institucional que les dio vida” (Martínez, 2017a: 47). “[...] conceder a los estudios de género un espacio específico en las IES, y crear con ello la apariencia de legitimidad y valor, ha afectado el contenido y la calidad del trabajo académico que en su interior se desarrolla. [...] De esta forma, habría que preguntarse lo que sucede en nuestro medio con los estudios de género, si siguen cuestionando lo establecido o si han pasado a ser parte armónica de las instituciones” (Palomar, 2009: 56).

⁵ En este punto considero importante aclarar que mi perspectiva, como la de Segato, no es esencialista. No naturalizo el ejercicio de poder y la violencia como

Con la esperanza de que no suene demasiado fuera de lugar, me tomo la libertad de sugerir que la figura de sor Juana Inés de la Cruz refleja y evoca, para mí, la concreción de la mujer que explica a partir de sí misma, desde su posición de mujer-marginal, la búsqueda del conocimiento y la manera violenta en que es “disciplinada” por el mandato patriarcal en esta expresión de su ser mujer que busca y construye saberes. Particularmente, en el ya muy estudiado y analizado texto *Respuesta a sor Filotea de la Cruz*, sor Juana elabora un autorretrato y explicación de sí misma a partir y en función de su inquietud e inclinación por responderse preguntas, por entender la realidad, por saber y conocer, y también por crear y construir ella misma otros saberes. El centro de su reflexión es la propia Juana interpretándose como persona marginal, pero que también, a la vez, está explicando el funcionamiento de todo un contexto estructural, sociohistórico que la excluye a ella y a las otras mujeres. No sólo esto, y aquí pretendo aproximarme al punto final de la parte teórica de este capítulo, sor Juana, además, se expresa de manera irónica, humorística. Se ríe de sí misma, de su condición de marginalidad y del mandato patriarcal que la violenta. Es una manera de resistir usando lo que Josefina Ludmer llama las “tretas del débil” (Domínguez, 2016).⁶ Esto no impide que también muestre su erudición y su fascinación por el conocimiento.

El humor es una construcción cultural histórica. Esto ya ha sido discutido y planteado en el terreno de la antropología. Lo humorístico, lo gracioso depende, fundamentalmente, de las configuraciones simbólicas e históricas que se articulan para construir el detonante de lo que es interpretado como provocador de la risa. Sin embargo, según apuntan Bergson (2008) y Clastres (2010), el humor tendría algunos

expresión y posibilidad única de los varones. Es evidente que las mujeres también pueden ejercer dominación, sobre todo en contextos de acendramiento patriarcal como son las IES. La operatividad de la violencia no es patrimonio exclusivo de los varones. No es una esencia. Lo que pretendo destacar es que, como afirma Segato, se trata de la instauración de un “orden político”. El patriarcado es un orden político. De ahí su sistematicidad en el ejercicio de la violencia para preservar y validar su constitución.

⁶ Véase <<https://literaturaanimada.files.wordpress.com/2014/03/ludmer-tretas-de-l-dc3a9bil.pdf>>. Sobre este ensayo de Josefina Ludmer, también se puede consultar N. Domínguez, “Unas páginas para Josefina Ludmer”, *Zama* 9, 17-19.

denominadores comunes en los grupos sociales. Estos denominadores tienen que ver con construcciones patriarcales, es decir, fundamentalmente violentas. La burla, la humillación, la ofensa, la risa ante quien cae en desgracia constituyen detonantes de lo risible que en apariencia funcionan en distintos contextos y latitudes. Asimismo, Clastres subraya que el humor, los chistes tienen una conformación que obedece al enfrentamiento del poder y la autoridad. Desde mi perspectiva, planteo que, así como el humor y el género son construcciones socioculturales históricas, estas conformaciones devienen en constructos del humor *generizados*. La interpretación de lo humorístico, basado en la burla y la violentación de otra persona, es una interpretación fundamentalmente patriarcal, y se generaliza a todos los estratos sociales. Por ejemplo, en México, *el humor del mexicano*, basado en los albures, es en realidad una expresión del mandato patriarcal de la competencia entre varones, de demostrar con ingenio ser más listo que el otro, burlar al otro con una expresión alburera que lo ridiculiza, lo feminiza y lo hace inferior. Se argumenta y generaliza este tipo de humor como prototipo de la población mexicana. Pero las características del humor femenino son otras. Como población marginal, subalterna, las mujeres *humorizan* en términos de la ironía, como armas de las débiles. Son más propensas a reírse de sí mismas. Hay detonantes celebratorios, alegres, no de competencia, en la forma de divertirse de las mujeres. No se trata de humillar, se trata, en todo caso, de resistir ante el poder trasladándolo a lo risible.

El humor femenino también puede interpretarse a partir de una búsqueda del placer (Hierro, 2001). Las mujeres de alguna forma intentamos construir una salida a las prácticas de dominación y exclusión que nos circundan. La comunalidad, la cercanía y los vínculos, dinámicas de acción más relacionadas con las formas de organización femeninas, están permeadas de esta búsqueda del placer a través de la risa, la alegría, la ironía y lo celebratorio. A lo largo de mi vida, en mi paso por las escuelas de los diferentes niveles he podido constar la presencia del humor como mecanismo de cercanía, de afectividad, de conformación de vínculos de las mujeres. La risa de las mujeres es muy otra.

EL RELATO AUTOETNOGRÁFICO

Empezaré, en un alarde de ausencia de originalidad, en términos similares a los que Lévi-Strauss utilizó en “Tristes trópicos”, con una frase que se equipara a los inicios de novelas insignes –muy masculinas, por cierto– como *El Quijote*: “En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme”; o aquello de García Márquez: “Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento...”; o la violencia machista en pleno del mundo rulfiano: “Vine a Comala porque me dijeron que acá vivía mi padre, un tal Pedro Páramo”, etc. Por el estilo, en “Tristes trópicos”, Lévi-Strauss instaura la frase contundente, célebre, inicial de la descripción autoanalítica del trabajo antropológico, expresando burlón e irónico para referirse a su propio oficio de etnógrafo: “Odio los viajes y los exploradores”.

Pues bien, odio la escuela y sus dinámicas escolares. Odio la academia y los académicos. Es verdad, nunca me gustó la escuela. No me gusta. Soy como Felipe, el amigo de Mafalda de las tiras de Quino, que expresa: “¡No hay caso! ¡La escuela me espanta, me deprime, me descompone y me enferma!”. Fui de las niñas que lloraba amargamente en casa los primeros días de escuela. Ya en el plantel procuraba otro comportamiento. Dignidad absoluta. No lloraba pero me afligían las actividades escolares. Nunca las disfruté. Nunca me parecieron disfrutables. En el parvulario –en mi infancia setentera aún se le denominaba “párvulos” al tercer grado del jardín de infantes o kínder– siempre fui torpe para las actividades manuales. Me gustaba mucho pintar, pero estaba cierta de que lo hacía pésimo. Quizá era perfeccionismo excesivo de mi parte. Poca tolerancia a la frustración, dirían los psicoterapeutas. Mientras la profesora decía no sé qué cosas o daba instrucciones igualmente ininteligibles, yo miraba por la ventana y añoraba estar en mi casa limpia e iluminada, jugando con mis muñecos, hojeando historietas y libros de cuentos, escuchando a Cri-Cri tirada de panza frente a la consola, acompañando a mi madre en las labores domésticas mientras la oía cantar boleros y tangos. Definitivamente, un mundo mucho mejor y más placentero que la escuela. Le digo a Daniel, mi compañero de vida desde hace veinte años, que desde mi más tierna infancia le tuve aversión a la configuración patriarcal de las instituciones escolares. Quizá porque

toda la primaria la cursé en un colegio de monjas. El Colegio Kino, en San Luis Río Colorado, en la frontera noroeste de Sonora. Las monjas eran de la congregación del Sagrado Corazón de Jesús. A decir verdad, no eran del todo terribles. Recuerdo de manera especial a una de ellas que fue mi profesora en cuarto y quinto grado. Era una mujer joven, o al menos eso creo, pues de toda aquella experiencia escolar con las monjas, siempre me parecieron sus rostros, sus manos y toda su fisonomía como de una edad indescifrable. Aún ahora las veo por la calle y me resulta difícil establecer un aproximado de la edad que pueden tener. Esta joven profesora, cuando me impartió clases, no había profesado todavía sus votos perpetuos, era una novicia. La recuerdo como una mujer grácil y desenvuelta, más bien risueña pero enérgica. Había sido misionera en la región zapoteca de Oaxaca. En ocasiones solía compartir testimonios de aquella experiencia. Sus comentarios al respecto siempre iban enfilados a resaltar la injusticia que vivían las comunidades indígenas. Nos enseñó algunas frases en zapoteco que me impresionaron mucho y que desafortunadamente olvidé por completo. En ese tiempo mi hermana Nony estudiaba la preparatoria y se había acercado, de alguna manera, a posicionamientos de izquierda. Fue por ella que conocí lo que era la teología de la liberación.⁷ No sé por qué, yo asociaba los testimonios de mi profesora-novicia con lo que escuchaba decía Nony sobre el papel de la Iglesia católica, la “opción por los pobres” y el trabajo de los jesuitas en Centroamérica. Realmente nunca supe si esa joven novicia estaba involucrada de alguna forma con todo eso. Después cursé la secundaria

⁷ La teología de la liberación es un posicionamiento filosófico teológico y de acción social desarrollado por sacerdotes católicos (jesuitas, la mayoría), monjas y laicos en el que la pobreza se entiende y aborda como “una cuestión teológica”, enlazando la situación de miseria de las poblaciones con postulados de la Biblia y los Evangelios. Esta perspectiva teológica se formó a partir de los sesenta y tuvo su mayor presencia, ímpetu e influencia durante los setenta y parte de los ochenta, principalmente en Centroamérica. “La teología de la liberación es teología, es decir, es una reflexión sistemática y disciplinada sobre la fe cristiana y sus implicaciones. [...] la teología de la liberación es 1] Una interpretación de la fe cristiana a través del sufrimiento, la lucha y la esperanza de los pobres. 2] Una crítica de la sociedad y de las ideologías que la sustentan. 3] Una crítica de la actividad de la Iglesia [católica] y de los cristianos desde el punto de vista de los pobres” (Berryman, 1989: 9, 11). No es un secreto que Karol Wojtyla (el papa Juan Pablo II) rechazó, persiguió y obstaculizó el trabajo de los teólogos de la liberación en América durante los setenta y ochenta.

y el bachillerato en instituciones públicas. A pesar de que la escuela y todo el ambiente desarrollado en los planteles siempre me ha parecido hostil, por decir lo menos, mi paso por la educación básica fue bastante llevadero sobre todo por las amigas que tuve en ese tiempo.

En mi familia, en casa, había una alta valoración por las mujeres. Mi madre fue, en cierta forma y muy a su modo, una feminista sin saberlo. Mi padre no encuadraba ni respondía a los parámetros de una masculinidad hegemónica violenta y autoritaria. Ella y él eran también una especie de radicales de izquierda por naturaleza, pero nunca lo supieron. Sabiamente, tampoco les habría importado no saberlo. Ambos eran de una inteligencia práctica y un sentido de la responsabilidad impresionante que aún ahora considero insuperable. Pero, fundamentalmente, eran personas honorables, laboriosas, empáticas, dignas, honestas, generosas, coherentes en el pensar y el hacer, fomentadoras de la vida comunal, la justicia y los afectos y, sobre todo, eran buenas personas. Calificativo desprestigiado, malentendido y en desuso. La bondad me sigue pareciendo la cualidad humana por antonomasia. El sentido –y destino– absoluto, auténtico, del *ser humano*.

El vapuleo del patriarcado provino del exterior. En mi niñez, al ingresar a la primaria, realmente creía que todos los niños tenían una familia como la mía. Aún tengo muy presente las primeras impresiones que experimenté cuando me percaté de que esto no era así. Fue, digamos, un primer gran golpe social-cultural.

El mandato de masculinidad y la producción de Grandes Hombres Académicos

Los espacios de los que menos sospecharíamos, en los que supuestamente trabaja la gente más ilustrada y formada, están cruzados por la violencia machista. Allí los hombres también son víctimas de un mandato, de la obligación de una obediencia a un comportamiento masculino. Todos los días los hombres tienen que demostrar que son sujetos viriles. Un sujeto potente, poderoso, controlador, y con capacidad de algún grado de dominación. El aula universitaria es el lugar del gozo autoritario del profesor. Lo he visto con mis colegas. Y es un gozo miserable, donde cada uno construye su pequeño

reinado. Empieza por ahí, es una pedagogía del autoritarismo. Para mucha gente insatisfecha y muy frustrada, es ahí donde repone sus fracasos. Max Weber decía que la vida académica es el lugar donde las personas perciben su mediocridad, perciben su propio límite intelectual. Es un ambiente de gran resentimiento. Creo que la agresión y la violencia surgen del resentimiento, de cuando las personas perciben su límite respecto de su capacidad de tener un espacio de control en el mundo. La violencia de género también surge de la frustración masculina.

Rita Segato (<<https://uncienia.unc.edu.ar/2017/junio/rita-segato-201cel-aula-universitaria-es-el-lugar-del-gozo-autoritario-del-profesor201d>>).

La Universidad

Desde que estudiaba la secundaria supe que quería dedicarme a la investigación, aunque en esos momentos no sabía realmente qué era eso ni de qué se trataba. Aún ahora creo que no lo sé. En la preparatoria les comentaba a mis amigas: “Quiero estar en un lugar donde mi trabajo sea leer y escribir”... Ellas me decían: “Entonces quieres ser escritora”. Pero esa idea de la escritura literaria no me convencía. A partir de la adolescencia me asumí sin talento creativo para ese tipo de escritura: “Creo que soy mejor leyendo libros que escribiéndolos”, pensaba. A los catorce años intenté escribir una novela y aquello no pasó de la primera página. El camino no era por ahí.

Años después, al término de la preparatoria, quería estudiar antropología, literatura o filosofía, pero ni los ingresos de mis padres –que entonces me mantenían– ni mi escaso valor me permitieron hacer acopio de la fuerza suficiente como para de verdad demostrar que eso quería estudiar. Mexicali se convirtió en mi único horizonte predeterminado, a sólo una hora de distancia de mi hogar sanluisino. Dos de mis hermanas, Nony y Laura habían estudiado ahí, en la Universidad Autónoma de Baja California. Nony ya había egresado de sociología; Laura aún estudiaba la carrera de arquitectura cuando yo ingresé a la universidad. En aquel tiempo, el plan de estudios de la licenciatura en ciencias de la comunicación me pareció lo más cercano a las otras formaciones que

realmente me interesaban. Lo más *razonable* era estudiar en Mexicali. Tenía miedo de contradecir lo *razonable*. Tenía miedo de sufrir en mi subversión si decidía lo contrario.

Lo más significativo para mí al ingresar a la universidad fue la configuración del capital simbólico del conocimiento en ese campo social (Bourdieu, 2000; 2007). Ahí empecé a construir una valoración muy alta sobre lo que significaba *el saber* pero, sobre todo, fue un aprendizaje de cómo el *conocimiento verdadero* se encuentra centrado en los varones, y de cómo se comportan los varones que aspiran al dominio de ese capital simbólico. En la universidad aprendí que esas instituciones son patrimonio de los varones, que lo que ahí se enseña y se aprende está destinado a los varones y que las mujeres fungimos como “añadidos” (Segato, 2016) a una estructura que ya está signada y que nos repele.

Durante la carrera, los profesores varones eran siempre más valorados que las profesoras. El profesor de la materia Semántica y Semiótica, al que no le entendíamos en lo mínimo, era muy apreciado, justamente, por su capacidad de conformación del discurso críptico impenetrable, al que de inmediato ubicábamos como sapiencia. Las profesoras que tuve durante la licenciatura nunca fueron valoradas en la misma dimensión que los docentes varones. Tampoco eran las que impartían las materias más *relevantes*, que se relacionaban con teoría social, metodología o producción audiovisual. Las docentes se encargaban de las materias orientadas hacia comunicación organizacional, lenguaje, redacción o psicología. Claramente, ellas fungían como simples *añadidos complementarios* de la formación impartida por los varones; ésa sí que era densa y trascendente.

El capital simbólico del conocimiento puede llegar a tener un gran impacto en el aula, con los estudiantes. Una queridísima amiga, Librada, con quien había cursado la preparatoria y que también estudiamos juntas la universidad, solíamos decir que estábamos *enamoradas* del profesor de la materia Filosofía del Hombre (con toda esa carga de testosterona en el nombre), un sociólogo, quizá unos diez años o doce años mayor que nosotras. En realidad nos impresionaba lo que para nosotras, jóvenes y provincianas, considerábamos el caudal de conocimiento del profesor, su inclinación de izquierda, pero, sobre todo, su manera de impartir la clase. Era un tipo irónico, rollerísimo,

que explotaba muy bien su pose de intelectual marxista, fumándose al hilo una cajetilla de cigarros Raleigh durante las dos horas de clase, formando sobre el escritorio una hilerita con las colillas de los cigarros que iba terminando. El profesor se paseaba por el estrado, en medio del humo del cigarro (en aquel tiempo no había restricciones para fumar dentro del aula), disertando sobre una de las lecturas que nos había dejado: “¿Qué es el hombre?”, de Martin Buber, mientras Librada y yo lo seguíamos con la mirada, arrobadas, a la par que tomábamos apresuradas notas en el cuaderno. En realidad se trataba, también, de nuestra parte, como una especie de juego en el que nos asignábamos el papel de la estudiante entusiasta y atenta a la que le agrada el profe de manera pueril yñoña. Pero la parte admirativa del conocimiento no era banal para nosotras. A partir de admirar su talento intelectual, era que echábamos a rodar el juego del disfrute de la clase para escuchar las ironías del profesor y verlo pasearse por el escenario interpretando su papel.

El posgrado

Las instituciones muy jerarquizadas son, intrínsecamente, organismos patriarcales. En su interior, las mujeres tienen más posibilidades de ser violentadas, pues los entornos que concentran el poder generan profundización de la desigualdad, la dominación y la exclusión. Segato (2016) afirma que las mujeres son menos vulnerables y “más cuidadas” en los espacios comunitarios. Las IES no fomentan la comunalidad; por el contrario, son organismos que concentran el ejercicio de poder o lo desarrollan de formas verticales y autoritarias. Bajo estos mecanismos, las mujeres encuentran debilitadas sus maneras de operar, sus prácticas y sus formas de organización, más apegadas al fomento de los vínculos y la cercanía (Segato, 2016), entre otras características. Las universidades, los centros de investigación son espacios fundamentalmente patriarcales; por tanto, autoritarios, violentos, “disciplinadores”, en los que se desarrolla una modalidad *intelectualizada* de “pedagogías de la crueldad” (Segato, 2010; 2018) cuya bandera es la generación de conocimiento.

Desde el primer día que ingresé al programa de maestría en El Colegio de la Frontera Norte (COLEF), obtuve evidencias claras de las

formas de operar de la institución y las repercusiones que esto tenía para las mujeres. Sin embargo, ni en un principio ni después me percaté de la manera en que los mecanismos autoritarios de la institución incidían en mis decisiones y prácticas más íntimas y personales. La conciencia de todo esto vino bastante tiempo después, a partir de la reflexividad, y sobre todo, de mi involucramiento con la perspectiva de género, con el feminismo, y más recientemente, con el pensamiento decolonial. Básicamente, con la manera en que Rita Segato explica la forma de operar del patriarcado y el ejercicio de la violencia contra las mujeres. Es bajo esta perspectiva que intento autoetnografiar una parte de mi paso por la educación superior, concretamente en el posgrado.

El proceso para ingresar al COLEF, a la maestría en desarrollo regional, no fue del todo sencillo, pero tampoco demasiado arduo. Había que hacer un examen con una guía que, medianamente recuerdo, me dejó bastante intrigada: matemáticas, economía en abundancia; algo de políticas públicas y, lo menos, una perspectiva social-cultural en la que se integraban, pálidamente, derechos humanos. En mi ingenuidad apostaba por esta última. Craso error. Les suelo decir a los estudiantes de la licenciatura y el posgrado en la Facultad donde laboro en la actualidad que ingresé al posgrado engañada: la información de la convocatoria era, si me apego a la verdad, inexacta, por no decir que falsa en su mayor parte. No guardé una copia de aquella convocatoria, pero parte de lo que ésta planteaba era que había flexibilidad para orientar la maestría hacia el estudio de las regiones en términos socioculturales. Además de otros puntos como “diálogo e interacción con investigadores de prestigio”... algo así. Creí en ello. En la práctica, eso distaba mucho de resultar cierto. Tiempo después, ya como estudiantes, mis amigas, Daniel y yo nos reímos de los términos en que estaba planteada esa convocatoria. Decíamos que, en realidad, en la institución operaban como reclutadores, viles “enganchadores” de obreros o jornaleros.

En general, puedo distinguir en mi vida cómo ha operado una configuración de la autoestima fracturada según explica Lagarde (2001). Las mujeres construyen una identidad “escindida” que se quiebra, se rompe

o se fragmenta, pero también que conforma perfiles “sincréticos”, al mezclar aspectos normativos, “antiguos” de lo femenino y aspectos “modernos” de lo que significa “ser” mujer. Como parte de esto, Lagarde señala que el patriarcado fomenta la desvaloración, el desprecio por las mujeres. Esto contribuye a la “escisión identitaria”. Viví esta extraña condición contradictoria, escindida y sincrética a la vez. La autoestima fracturada en las mujeres operaba (¿opera?) en mí, principalmente a través de la inseguridad y el miedo. Esto me ocurre en la actualidad y ha sido, en los años que llevo de actividad académica, una especie de marca personal. Para mí es muy sintomático de mi inserción en este ámbito.

Las mujeres nos movemos entre exigencias, alabanzas y reprobaciones que son función de contenidos existenciales modernos y tradicionales. La autoestima femenina derivada de este *sincrétismo genérico* es muy compleja. Se caracteriza en parte por la desvalorización, la inseguridad y el temor, la desconfianza en una misma, la timidez, el autoboicot y la dependencia vital respecto de *los otros*. Y también por la sobre-exaltación y la sobrevaloración en el cumplimiento de la cosificación enajenante, de la competencia rival o de la adaptación maleable.

Paradójicamente, al mismo tiempo, la autoestima de las contemporáneas se caracteriza también por la seguridad, la auto valoración, la confianza en las capacidades y habilidades propias, en los saberes y en las cualidades. Destacan en esta vertiente la independencia y la autonomía en varios planos. No corresponder con los valores hegemónicos se concibe como un valor positivo.

No obstante, vivir así conduce a las mujeres a experimentar sensaciones, afectos y pensamientos de *escisión*, al menos en hitos claves de la vida (Lagarde, 2001: 36).

En realidad, yo pretendía cursar una maestría en antropología o relacionada con filosofía, pero tuve miedo. Fui cobarde en muchos sentidos. Estudiar posgrados de ese tipo, al menos los que realmente me interesaban, implicaba ir a la ciudad de México. No quería alejarme demasiado del entorno donde, mal que bien, había logrado hacer una

vida relativamente independiente: vivía sola, trabajaba en la universidad con un buen contrato, tenía ingresos modestos pero era autosuficiente en términos económicos, no necesitaba más. Después del posgrado pensaba que podía volver a insertarme en aquel mismo contexto universitario. Me parecía más cómodo y sencillo estudiar en Tijuana. Tenía idea de que así no rompería del todo los vínculos, sobre todo laborales, que había fincado en Mexicali. Además, el COLEF era una institución respetada en la región y en los ámbitos nacional e internacional. De una manera muy ingenua, pequeñoburguesa y más bien temerosa, me decidí por esa opción. Aunado a todo esto, ya no me sentía tan joven para correr ciertos riesgos. Tenía veintisiete años. Había algo en mí que me decía era demasiado lanzarme a la aventura de lo desconocido si tomaba lo que en una novela Pío Baroja⁸ llama “el camino tortuoso” de los otros posgrados; y yo era demasiado simple para tener capacidad, coraje y espíritu aventurero. Eso lo ubicaba plenamente en mis amigas, nunca en mí. Aparentaba estar conforme con mi decisión, pero con frecuencia venía a mi mente el estribillo de la canción de Silvio Rodríguez: “La angustia es el precio de ser uno mismo”.⁹ ¿Por qué tenía miedo de enfrentar lo que realmente quería hacer? Aún ahora, más de veinte años después, sigo pensando que tomé la decisión equivocada. Con la maestría me ocurrió igual que con la licenciatura.

Una compañera, colega, a quien llamaré aquí con el nombre ficticio de Marta, que también había estudiado, un par de generaciones anteriores, la licenciatura en ciencias de la comunicación en Universidad Autónoma de Baja California-Mexicali, hizo el proceso para ingresar a la misma maestría que yo en el COLEF. Además de conocernos desde la licenciatura, ambas habíamos cursado un diplomado en derechos humanos en la UABC, junto con su compañero, un sociólogo bastante conocido en Mexicali, y mi hermana Nony que también había estudiado sociología. Marta y yo acudimos a la aplicación del examen de admisión del programa de maestría en desarrollo regional en la pequeña sede del COLEF en Mexicali. Fuimos las únicas que hicimos dicho examen ahí. Supimos que alguien más, según recuerdo un hombre, había

⁸ La novela a la que me refiero se titula *La sensualidad pervertida* (1980), Bruguera, Barcelona.

⁹ La canción se llama *Canción de invierno*.

postulado, pero no se presentó a realizar el examen. Sujeto inteligente, pensé yo después. Simultáneamente, el examen se había aplicado en el resto de las sedes COLEF a lo largo de la frontera norte, y en la ciudad de México, en El Colegio de México.

Después de la elaboración del famoso examen, no recuerdo cuánto tiempo después, dieron a conocer los resultados. Durante el proceso de postulación puse como contacto el número telefónico de la casa de mi hermana Nony, que vivía en Mexicali con su marido y sus dos hijas (yo no tenía teléfono en mi pequeño departamento). Una tarde, al salir de mi trabajo en la universidad, pasé a casa de mi hermana. Sonó el teléfono. Contesté. Una voz de hombre preguntó por mí. “Ella habla”, dije. Era el coordinador de la maestría a la que había postulado para ingresar al COLEF. Me desconcertó la familiaridad con la que hablaba: “Te voy a dar una buena noticia, eh, Patricia (¿o me dijo Paty?), fuiste aceptada en el programa de maestría”. Me sorprendí porque, la verdad, había olvidado todo el proceso de postulación. Tenía mi mente en otra cosa. Después del examen, salí y me *liberé* automáticamente del asunto. En realidad, pensé que no lograría acreditarlo, pero estaba muy reconfortada porque había hecho el intento. Pensaba que quizá más adelante juntaría valor para postular, ahora sí, en otro posgrado más acorde a lo que aspiraba. Lo viví como un ensayo, un entrenamiento. “Esto es nada más para tomar impulso... agarrar viada”, eso pensé. No tenía expectativas. Creo que, en el fondo, deseaba que no me aceptaran. ¡La “identidad escindida” a la que se refiere Lagarde! Tardé un par de segundos en conectar a qué se estaba refiriendo el sujeto que hablaba por teléfono:

—Ah, sí, sí, está bien... gracias por avisar... —respondí balbuceante.

—¡¿No te alegras?! —me preguntó el coordinador; al parecer, esperaba que yo profiriera gritos estentóreos de felicidad— ¡Te aceptamos en un posgrado del COLEF! Es una institución muy importante.

—Sí... claro que sí... y... bueno... qué sigue... es decir, cuál es el proceso ahora...

No sabía cómo tratarlo, qué decirle, qué giro darle a la conversación. Aún no pisaba las instalaciones de El Colegio en Tijuana, ni siquiera las conocía, y ya me sentía incómoda, marginal, totalmente fuera de lugar. Desde ese instante y hasta un día del mes de agosto de 1998, cuando hice mi examen de titulación, esa sensación siempre me acompañó.

Omitiré los detalles sobre mi traslado a Tijuana; la inefable Capital Zombi. Baste decir que la colonial-modernidad (Segato, 2015) urbana es rotundamente patriarcal, y en Tijuana esto es fehaciente, palpable e inobjetable. Puedo decir que nunca fui bienvenida a Tijuana. De la misma manera, nunca fui bienvenida en El Colegio.

Aquí me permitiré reproducir fragmentos de una narración que da cuenta de lo que ocurrió el primer día de ingreso como estudiante en el COLEF. Lo transcribo como apareció en otra publicación que coordiné:

Cuando ingresé en la maestría, el primer día de clases fuimos llamadas una compañera [Marta, ella también fue aceptada] y yo a la oficina del [entonces] coordinador [del programa]. Después de un rápido y aparente amable saludo, nos dijo, sin más, que nos había llamado porque ambas habíamos estudiado la licenciatura en ciencias de la comunicación, y que, por lo tanto, consideraba oportuno sugerirnos que renunciáramos a la maestría porque el posgrado nos resultaría “sumamente pesado”. [...] Según me parece recordar, hubo también por ahí vagas y furtivas alusiones a nuestra condición de mujeres como impedimento para formar parte del posgrado: “Tienen más problemas para aguantar el ritmo de trabajo de la maestría”, según fueron sus comentarios .

[Marta] y yo estábamos muy sorprendidas. Le preguntamos al coordinador que, dado nuestro aparente bajo perfil académico, cómo era posible que la institución nos hubiera aceptado en el programa y cuáles habrían sido los motivos para hacerlo, ya que habíamos elaborado un examen y pasado por todo un proceso de selección. La respuesta fue más bien titubeante. El coordinador aludió a que haber ingresado cumpliendo los requisitos no significaba que lograríamos concluir el posgrado y que, por “experiencias anteriores”, las personas egresadas de Comunicación que ingresaban a la maestría claudicaban rápidamente porque su formación profesional no era compatible con la disciplina y rigurosidad de otras ciencias sociales. [...] Sus argumentos concluían con un llamado a que “lo pensáramos muy bien”, sobre todo en términos del financiamiento, pues en aquellos años las becas otorgadas tenían el carácter de “becas

crédito”, por lo que al ingresar al posgrado contraíamos el compromiso de “pagar” o retribuir el monto de la beca al finalizar la maestría o si desertábamos del programa: “Piénsenlo, nada más se van a endeudar”. Salí de esa entrevista con la sensación de participar involuntariamente en una comedia de enredos muy poco original (Martínez, 2017b: 11-12).

En esa conversación también aludió a que el sistema de El Colegio era “como en Harvard... A ese nivel estamos”. Puso un énfasis especial al decir esto. Su voz adquirió un tono de solemnidad. Cuando lo escuché, sinceramente creí que era una broma, pero su rostro y gesto de circunspección me hicieron percibir que él hablaba en serio. Marta y yo salimos de ahí contrariadas y perplejas, pero al mismo tiempo nos reímos bastante:

—Qué onda con este tipo; decirnos todo eso... ¡Y el rollo de Harvard!
—yo me reía—. ¡Lo dijo de verdad!

Marta hacía comentarios alusivos a que el ambiente en la institución era así. A partir de entonces el rollo de Harvard se convirtió en una broma habitual para nosotras.

Tiempo después de aquella entrevista, supimos que el coordinador también había platicado con otros compañeros estudiantes, varones, para decirles todo lo contrario: que los aceptaron porque su perfil era totalmente adecuado para la perspectiva del COLEF; que eran estudiantes muy inteligentes y capaces con un gran futuro en la academia; que él estaba seguro de que responderían a todas sus expectativas. Los empoderó y formó una cofradía selecta que enrareció desde el principio la dinámica del grupo en la maestría. Esto fue una clara firma de un pacto patriarcal entre varones que se comprometen a cumplir el mandato de masculinidad en un entorno académico. Lo más interesante es que esto no es un caso aislado. En mi paso por la vida académica he podido confirmar que esto es práctica común, normalizada en un *habitus* de los ámbitos de educación superior. Golpetear a contrincantes académicos; utilizar a estudiantes o subalternos para determinados fines no precisamente de investigación; actuar impunemente en prácticas abiertamente violentas: acoso, hostigamiento, persecución, calumnias, humillaciones, ofensas, insultos, desgaste, presiones, coerciones, etc. Se trata de mostrar potencia, de “disciplinar”, en una abierta muestra de cómo se

construyen estas instituciones, bajo su ADN patriarcal (Segato *dixit*), como organismos profundamente jerarquizados, autoritarios, verticales, en función de los cuales se condensa la generación de conocimiento. Así, en las IES se desarrolla un sentido y prácticas de la “dueñidad”, como propone Segato (2016), y como ella afirma: se ha escalado el nivel de la desigualdad. Lo que impera en el mandato patriarcal-occidental de masculinidad es ser dueños de territorios, de cuerpos; modernos señores feudales, sátrapas del conocimiento.

La singular entrevista, tipo *ritual de iniciación*, con el coordinador de la maestría, y su contenido, no terminaron ahí. Las primeras semanas de cursos, si para nuestra mala suerte coincidíamos con él en la cafetería, en el desayuno o la comida, se acercaba con nosotras: Marta, otra compañera a quien llamaré aquí Ema, a quien conocimos ahí en la maestría, egresada de arquitectura de la UNAM, y de quien pronto nos hicimos amigas y que también resentía el trato que se nos daba en la institución, y yo, a petición expresa de ninguna, para conversar y proferir siempre el mismo tipo de comentarios: “Hola... uy, las veo muy bien, ¡todavía se bañan y se peinan! Sus maestros están haciendo algo mal. No les exigen bastante. Es para que no duerman por todo el trabajo y las tareas. Pero miren, no parece que la estén pasando mal, Ema no tiene ojeras... hasta se maquillan... Pues qué bueno que les esté yendo tan bien, eh”. Todo esto lo decía con risita burlona, adoptando un tono familiar y forzadamente campechano, haciendo gestos de es- crutar y repasar nuestras caras y peinados como si fuéramos amistades de confianza.

Quizá por estas prácticas de hostigamiento, autoritarias, en muy poco tiempo quedó definido de qué lado de la cancha estaba jugando cada quien: cuál era tu lugar en ese campo social y con qué tipo de capital simbólico –entre otros capitales– se contaba para sobrevivir en el campo. Fue un curso intensivo, durante las primeras semanas, de identificación de capitales, de normativas del *habitus* y del uso de las pedagogías de la残酷. Para el primer trimestre ya podía una saber más o menos a qué atenerse, y sobre todo, echar a andar la maquinaria de la intuición, las “armas de los débiles”, a las que alude Bourdieu (2000); la intuición como táctica de sobrevivencia de los esclavos. No

obstante, como también menciona Bourdieu, “las armas de los débiles, son armas débiles”.

La generación de la que formé parte en el programa de maestría fue manipulada de forma autoritaria e intencionalmente dividida, fragmentada. Se propiciaron prácticas por completo patriarcales: la competencia, la invalidación, la humillación, el menoscenso; se entronizaron las agresiones, las pullas, las inquinas, los rencores, las envidias. Se nos aleccionó en la academia como un campo de batalla y una supravaloración del capital del conocimiento a partir de desarrollar acciones violentas para ganarle al adversario: “Así es esto, compañeros”, era la sentencia. Todo aquello era desalentador y desgastante.

En nuestro grupo éramos, según recuerdo, en un principio, dieciséis estudiantes: siete mujeres y nueve hombres; pero solamente egresamos once: cinco mujeres y seis hombres. A partir de haber dividido al grupo, en términos ideológicos, no fue difícil ubicarnos en ese panorama. De tal manera que Marta, Ema, Daniel, otros tres compañeros a los que denominaré Pedro, Sandro y Jorge (los dos últimos no concluyeron el programa), y yo, conformamos lo que bauticé como: el Ala Progresista de Desarrollo Regional. Sandro era particularmente amable y siempre me celebró la mayor parte de mis ocurrencias. Se rio bastante cuando, mientras comíamos en la cafetería, les expresé nuestro nombre de batalla. Estos pequeños chispazos de humor hacían la vida significativamente más llevadera y fueron en muchas ocasiones una forma de defensa y una estrategia de protección. En especial, mi relación de amistad e interacción con Marta y Ema, la manera en que intuitivamente ejercimos la sororidad y, a través del humor, la resistencia a la estructura de poder, me hicieron experimentar en lo personal la atemperación de la violencia patriarcal mediante la ironía y lo humorístico. El patriarcado no tiene sentido del humor en tanto no sabe reír de sí mismo.

Mi ingreso a la maestría estuvo, en el principio y en su primera parte, directamente relacionado lo institucional con lo personal. Al mismo tiempo en que entraba en la dinámica autoritaria de la institución, fui violentada en una relación personal por parte de un compañero. Los

primeros siete u ocho meses del ingreso al posgrado mantuve una relación con un joven compañero estudiante a quien conocí ahí mismo. La relación con él fue un reflejo, en pequeño o en términos de un microuniverso personal, de la violencia patriarcal que se ejerce en esas instituciones en función del capital simbólico del conocimiento y de una serie de aspectos que emanan de la configuración de lo que se supone es una persona que se dedica a la investigación y de la vida académica en su conjunto.

Era un joven cuatro años menor que yo. Había estudiado la licenciatura en economía en una universidad pública de la región del golfo de México. Tenía un origen muy modesto. Era hijo único de una pareja que, según recuerdo por sus comentarios, se separó siendo él muy pequeño. Prácticamente siempre vivió con su madre. Al parecer, fue un estudiante destacado en toda su trayectoria escolar y con gran capacidad para la comprensión del pensamiento matemático. En él había una dosis importante de autovaloración narcisista: se consideraba un chico no mal parecido, inteligente y simpático. Sobre todo, estaba convencido de que era muy atractivo para las mujeres. Como diría Jane Austen: “Tenía un muy buen concepto de sí mismo”.¹⁰

No sabría decir cómo se inició mi relación con este joven, a quien denominaré como T. Fue como esos acontecimientos extraños que parecen surgir por generación espontánea cuyo origen es nebuloso. Cuando estaba en la secundaria, mis amigas y yo solíamos tratar de recordar el momento justo en que nos habíamos conocido e intercambiado conversación por primera vez, y nunca podíamos dar con el momento exacto del inicio de la amistad. Nos decíamos: “Oye, ¿y a ti cómo fue que te empecé a hablar?”. Nos mirábamos brevemente en silencio, con algo de sorpresa. Luego nos reíamos: “Pues, sabe”. No sé cómo iniciaron esos primeros meses con T. Lo que sí puedo recordar perfectamente es que desde el primer momento de aproximación él prácticamente me tomó como dueño de una posesión, de un objeto raro del que intentaba sacar algún provecho. Pero, siguiendo el esquema del mandato patriarcal, no era yo quien le interesaba. T mantuvo, desde el inicio del programa, una intensa rivalidad con sus pares, los otros varones compañeros

¹⁰ Me refiero a la novela *Emma* (1997), Orbis, Madrid.

estudiantes de la maestría. Este enfrentamiento tenía su base en la lucha sobre el capital simbólico del conocimiento. Como ya he señalado, esa rivalidad entre los integrantes de la maestría, los compañeros de clase, fue sembrada, cultivada e incentivada por la institución desde el principio. Él no ha habido sido de los empoderados por el primer coordinador del programa, pero consideraba que era mucho más inteligente que ellos. Fue un encono competitivo entre varones. A T no le interesaba yo ni la relación que pudiera establecer conmigo. Lo verdaderamente importante para él era mostrar potencia ante sus cofrades (Segato, 2010). La institución fomentaba la expresión de esa potencia, de esa competencia entre pares. La aplaudía y la valoraba como parte de la dinámica normal y cotidiana, esperable, en una institución académica. T era un varón totalmente susceptible y vulnerable al mandato patriarcal (Segato, 2010) determinado en la institución y a la conformación y pugnas por apoderarse del capital simbólico del conocimiento propio de los entornos y la dinámica científica.

Comprometido en esta obediencia al mandato de masculinidad académico, T desarrollaba mi “disciplinamiento” (Segato, 2010) a los dictámenes de dicho mandato. Yo era parte del tributo que él debía brindar a la consecución del mismo (Segato, 2010). Con el pretexto de *ayudarme* en las materias de matemáticas y las relacionadas con economía, T aprovechaba en su beneficio las capacidades que a mí me permitieron sobrevivir en el programa. Realmente no me ayudaba en la comprensión de las operaciones de, por ejemplo, cálculo integral y diferencial que debíamos realizar para la materia de Matemáticas. No recuerdo haber entendido algunos de los problemas en las materias de Economía por sus explicaciones. En realidad yo resolví todos esos aspectos por el apoyo de mis amigas, Marta y Ema. T no me apoyaba, sin embargo, hábilmente, me pedía que lo ayudara en la corrección de sus ensayos y trabajos que debía entregar. No se trataba solamente de que le señalara errores de ortografía o puntuación, sino que debía explicarle los fundamentos de redacción para que él pudiera realizar mejor sus trabajos.

En un principio, su manera de operar era la siguiente: cuando se veía forzado a explicarme algún problema, se acercaba con aparente indulgencia. Se sentaba junto a mí e iniciaba la explicación (en un tono

forzadamente suave, como si le hablara a una niña), que no duraba ni cinco minutos. Al poco tiempo de empezar, se callaba de repente y decía: “Uh, no, mi estimada, esto es muy difícil que lo entiendas si no tienes la formación. Es que como para mí es muy fácil todo esto, pues no te puedo ayudar, y en lo que te explico yo no avanzo en mi trabajo”. Acto seguido, se levantaba de la silla y se iba a proseguir con la tarea que estaba haciendo o alguna lectura que debíamos tener preparada. Poco tiempo después ya no se molestaba en acercarse para *explicarme* nada. Sin embargo, cuando se encontraba elaborando algún ensayo o una tarea, me pedía que le corrigiera la redacción de su trabajo. Pero más que la corrección simple o mecánica, él quería que le enseñara a escribir. Quería desarrollar una habilidad –creatividad– que empezaba a considerar indispensable para conformar para sí mismo y para sus pares cofrades del corporativo patriarcal del conocimiento una verdadera personalidad académica. Se dio cuenta de algo que yo ya había percibido: en la institución se priorizaba y ensalzaba el diseño y aplicación de la metodología dura en el trabajo de investigación, pero también eran altamente valoradas las formas de expresión del conocimiento a través del discurso hablado y la escritura. Solía decir: “A ver, mi estimada, pero no nada más me pongas o quites las comas o me corrijas los verbos, dime cómo le puedo hacer, cómo tengo que escribirlo, cómo debo decirlo”. Entonces yo leía sus trabajos y le preguntaba que me dijera con sus palabras qué era lo que quería explicar en su conjunto y en párrafos concretos que no quedaban muy claros. T me decía lo que pretendía expresar y yo le hacía las sugerencias o le indicaba cómo podía construir y ordenar el documento en general y en determinadas partes. Le daba ideas y le proponía cómo podía hacerlas. No es que yo fuera una autoridad en la escritura, ni mucho menos. No lo fui, no lo soy ahora. Simplemente él no había desarrollado este tipo de trabajo y yo tenía más experiencia en la conformación de textos y en el disfrute de la lectura. De alguna manera me convirtió en su mentora no sólo en los aspectos técnicos de la escritura, sino en otros elementos que él creía importantes para cultivarse como académico y en los que consideraba tenía poco criterio, como la apreciación del cine, la música y la literatura. Había ciertos detalles a los que estaba muy atento, y si le agradaban o convenían, procuraba asimilarlos e integrarlos a su manera de *producir* en la

academia. Por ejemplo, yo solía iniciar mis ensayos con algún epígrafe alusivo a lo que planteaba en todo el documento. Buscaba alguna frase de la literatura que conocía y consideraba podía reflejar de manera concreta y contundente el posicionamiento fundamental del texto. Esta práctica –nada innovadora, por cierto– le agradó y muy pronto la adoptó para elaborar sus documentos: “Te voy a copiar esto, mi estimada”, solía decir haciéndose el gracioso.

Coincido con Segato en que las primeras víctimas del patriarcado y su mandato de masculinidad son los varones. En la academia esto es visible, muy identificable. Como ya he mencionado respecto a T, él era sumamente susceptible al mandato de masculinidad que la institución patriarcal, académica, había impuesto. Estaba completamente involucrado en la necesidad de mostrar potencia ante sus cofrades varones (Segato, 2010), tanto sus pares, los estudiantes, como ante sus *superiores*, los docentes y investigadores. Se trataba de evidenciar su total genuflexión a la normativa de poder hegemónica de lo que era un *gran hombre académico de verdad*. A T le atraían los aspectos creativos, pero al mismo tiempo no quería darles importancia, pues se asumía sin habilidades para desarrollarlos. Las prácticas que no dominaba, en las que no podía ser el centro de admiración y reconocimiento, le inquietaban. Sin embargo, de alguna manera las ambicionaba.

Durante décadas, Maurice Godelier (2011) estudió a la comunidad baruya en Nueva Guinea, una sociedad con profundas y acendradas prácticas de desigualdad en el ejercicio del poder, de dominación masculina y subordinación y exclusión de las mujeres. En la vida cotidiana, las mujeres están fuera, al margen de ciertas prácticas muy valoradas, como la música: las baruya tienen prohibido tocar la flauta, instrumento apreciado y creado por los varones. Las mujeres no tienen acceso a las armas ni a la mayoría de las herramientas de trabajo. En términos generales, los baruya concentran su vida en “la producción de Grandes hombres [...] como complemento y coronación indispensables de la dominación masculina”. En función de esta línea, en la sociedad baruya “es impensable que existan mujeres tan grandes como los Grandes Hombres, los Grandes Guerreros y los Grandes Chamanes” (Godelier, 2011: 8-9). Los mitos baruya fundamentan y validan esta superioridad masculina. La mayoría de estas explicaciones míticas señalan que, en

la antigüedad, las baruya eran quienes tenían en su poder las flautas, las armas, las herramientas. Sin embargo, los varones, literalmente, les “robaron” todos estos instrumentos. La argumentación mítica se basa en que las mujeres hacían uso inadecuado de dichos objetos. Esto justifica el robo. Según un mito baruya, las mujeres crearon las flautas y las tocaban produciendo bellos sonidos. Los varones no sabían qué era lo que producía este armonioso sonido. Un día, un joven varón espió a una mujer y vio cómo se colocaba un tubo de carrizo en la boca y que de ahí provenía la música. Después, sin ser visto, extrajo en secreto la flauta y la tocó. Pero no logró producir algún sonido musical. Posteriormente la dejó en su lugar. Sin embargo, cuando la mujer intentó tocar la flauta, ésta ya no emitió sonidos bellos, por el contrario, sólo produjo notas desagradables. La mujer sospechó que un hombre había tomado la flauta y tocado con ella. Por este motivo la arrojó lejos y se deshizo de ella. Luego, el hombre que había robado la flauta, la encontró y, al tocarla, emitió sonidos tan bellos como los que la mujer producía antes del robo.

Incluso hay mitos que aluden al feminicidio: un hombre Baruya mata a su esposa; la entierra secretamente. En el lugar donde yace el cadáver nacen plantas que, al comerlas, embellecen la piel, y otras que ayudan a la cocción de alimentos. Lo que ha emergido del cadáver es benéfico incluso para toda la comunidad, pues este hombre baruya, ante la curiosidad de las otras personas de su aldea por el progresivo embellecimiento de su piel, les da a conocer el lugar donde se encuentra este singular jardín que ha producido el cadáver de su esposa. La afirmación de estos mitos consolidan, naturalizan la idea de que “las mujeres son creadoras, nutricias en mayor grado que los hombres, pero que éstos tienen derecho a utilizar la violencia con ellas” (Godelier, 2011: 90-91).

Por su parte, Segato (2010: 99) hace un genial y brillante análisis conjunto del mito baruya del robo de la flauta y de la argumentación central del planteamiento “–o mito– lacaniano: que la mujer *es* el falo mientras el hombre *tiene* el falo”. Segato analiza:

En el centro de la gravedad de la estructura se encuentra el profundo *insight* del robo del falo, tanto en una como en la otra mitología. Pero lo que, prosiguiendo con este ejercicio de exégesis recíproca, el mito baruya explicita, clarificándonos, es que el poder es siempre, por naturaleza y por

la propia ingeniería que lo constituye, una usurpación, un robo de plenitud y autonomía, una expropiación. Sería pertinente entonces cambiar una palabra en el texto lacaniano, y decir que “el hombre *usurpa* el falo” y no que simplemente lo “*tiene*”.

[...] los baruya revelan en su mito, textualizan, lo que la versión lacaniana encubre: la violencia que precede y origina el simbólico y la trasgresión masculina (y no femenina, como en el génesis judeo-cristiano) que acaba por dar al mundo su orden patriarcal. No se trata de ser o de tener el falo, se trata de no tenerlo y de robarlo: el procedimiento violento y deshonesto que Lacan no revela (Segato, 2010: 99).

T. quería robar la flauta; sus actitudes y prácticas hacia mí eran de expliación, de usufructo y extracción (Segato, 2010; 2016). Parafraseando a Segato, no se trataba de tener o saberse a sí mismo con ciertas capacidades, sino de asumirse con carencias y de extraer de alguna manera las facultades que percibía como faltantes. Este expolio, como explica Segato, se ejecuta a través de la violencia. T me utilizó, me maltrató y procuró activamente quebrantar mi autotestima como mecanismo para el control, la dominación y la expliación intelectual y emocional de mi persona.

“No eres bonita. Tampoco simpática”, me dijo algunas veces, en tono “de broma”. “Tú no eres del tipo de mujeres que me gustan. A mí me gustan las mujeres altas, morenas, bonitas, buen cuerpo, pelo negro, que sepan bailar muy bien”. Sepreciaba de ser un gran bailarín. “No sé cómo ando contigo, mi estimada, eres muy grande para mí. Prefiero a las jóvenes”. Con frecuencia hacía observaciones, que para él eran graciosas, respecto a mi forma de vestir: usas medias de “super ondas” (se refería a un programa televisivo infantil en el que las conductoras usaban medias a rayas de colores chillantes). En aquel tiempo yo vestía en ocasiones faldas cortas con medias de nylon y licra de colores grises, negros, marrones o azul oscuro, y calzaba botines de agujetas y sin tacón. En términos afectivos, se asumía como una especie de *instructor* porque, según él, a pesar de ser más joven que yo, tenía *muchísima experiencia*, que, de acuerdo con su juicio, a mí me faltaba o no era tan significativa como la suya. Hacía comentarios lo mismo frívolos que vulgares,

prosaicos, hirientes o burlones mediante los cuales pretendía evaluar si mi cuerpo respondía o no a los cánones hegemónicos de belleza; por lo común, era obvio que no.

T. quería robar la flauta, las armas, las herramientas, las plantas embellecedoras y nutricias que lo formarían como un “Gran Hombre” académico, porque a T le interesaba particularmente eso: convertirse en un investigador respetado, conocido, destacado; quería ser un académico ilustre. Era un ferviente perseguidor anhelante del capital simbólico del conocimiento que la institución construía y ponía en marcha. Por ello, el pacto de masculinidad con sus cofrades, con la institución patriarcal era muy trascendente en su vida. T era completamente doblegable al mandato de masculinidad, en todos los sentidos. Como explica Segato (2016), la masculinidad es un título, los varones deben mostrarse todos los días como varones potentes para refrendar ese título. T quería la flauta y mucho más porque ambicionaba algo que fuera más allá de buenas calificaciones. No se conformaba con ser un vulgar *juntanúmeros*. Necesitaba algo que amplificara su potencia. Le tenía un gran encono competitivo a los otros compañeros del programa que fueron ungidos con el espaldarazo del primer coordinador. En no pocas ocasiones estuvieron dispuestos a liarse a golpes, a mostrar su potencia en aras de *defender sus cualidades* intelectuales. Las clases eran pródigas en comentarios que aludían a la pugna y el resentimiento entre T y los otros compañeros. No les importaba realmente el aprendizaje o los contenidos, la discusión seria; su prioridad era mostrarse poderosos en el conocimiento, en el ejercicio intelectual. Para esto era necesario insultar, ofender, humillar, ridiculizar a las demás personas.

Desde un posicionamiento reflexivo, he podido percatarme de cómo T proyectaba todos estos elementos que Segato explica de forma tan clara y contundente respecto al mandato de masculinidad, y también de la manera en que organismos instaurados y afianzados en la configuración patriarcal y del capital simbólico del conocimiento, como son las IES, se erigen bajo el esquema hegemónico de dicho mandato. Los centros académicos son laboratorios para la construcción de “Grandes Hombres”, y espacios-territorio en los que se organiza y ejecuta el mandato de masculinidad. Esto implica el expolio, la violencia, la exclusión, la subordinación de las mujeres y el refrendo, entre varones cofrades, del

mandato de masculinidad a través de la muestra de potencia mediante las pedagogías de la残酷 (Segato, 2010; 2016). Así como también feminizar a otros varones haciéndolos víctimas sacrificiales junto con las mujeres, como plantea Segato (2016), a manera de tributo para reconfimar su potencia y su lugar como *hombres-académicos-investigadores de verdad* que mantienen, valoran y consolidan el mandato que castiga con el expurgo, el exilio, la marginación, la infravaloración a quien no se doblegue a la conformación de un patrón hegemónico de lo que es el conocimiento y de cómo éste se obtiene y se reproduce en esos ámbitos.

A partir de ciertos sucesos que me perturbaron profundamente y me revelaron en toda su dimensión lo que ocurría, fue que mi breve relación con T llegó a su fin. En el COLEF todo pasaba con precipitación. Todo era como vivir un curso intensivo de todo. Desde un posicionamiento reflexivo, creo que, en realidad, experimentaba la violencia como en un desdoblamiento. Como si la violentación recayera en otra persona que no era yo. Así lo sentía. La yo verdadera, la auténtica, era totalmente opuesta: fuerte y con mucha templanza, muy posicionada en sus convicciones, sobre todo, no se tomaba las cosas demasiado en serio, al menos no el tipo de cosas que eran muy valoradas en el COLEF, ni siquiera a ella misma. Esa yo nunca tuvo realmente ningún tipo de sentimiento afectivo hacia T. En el fondo, la yo verdadera podía interpretarse, incluso, como altanera, soberbia e innoble, porque T le daba lástima a esa yo –que no compasión–. Tenía, en realidad, hacia él, un total desapego y distanciamiento. Adivinaba ya esa vulnerabilidad y pequeñez a la que alude Segato, de los varones susceptibles al mandado patriarcal. Tiempo después vi que, conforme a Lagarde (2001), ese desdoblamiento se refiere a la identidad y autoestima escindida de las mujeres que vivimos “emancipadas en cautiverio”. A cada abuso, ofensa, manipulación, humillación infligida, me parecía vivir esa separación, como en los sueños cuando una se ve a sí misma desde otro ángulo pero realizando la misma acción.

El COLEF desarrollaba ciertas prácticas de carácter institucionalizado encaminadas totalmente a la exhibición de potencia y “disciplinamiento”

en el marco de la consecución de un capital simbólico del conocimiento o de la supuesta naturaleza intrínseca a la actividad académica y a la conformación de un *habitus* normalizado del quehacer científico social. Una de estas prácticas era hacer público, cada cierto tiempo, aspectos o acciones que resaltan desarrolladas tanto por estudiantes como por su planta de investigadores. Se publicaban en vitrinas instaladas en los descansos de las escaleras, a manera de periódico mural, en donde se destacaban o censuraban ciertas prácticas o hechos. Por ejemplo: “Felicitamos al estudiante X, del programa tal, por haber alcanzado el más alto promedio durante el trimestre. Su calificación fue de X”. Asimismo, se evidenciaba lo contrario: “El estudiante Z obtuvo un promedio menor al mínimo aprobatorio, por lo que permanece en el programa tal en calidad de condicionado. Si en el próximo ciclo no alcanza el mínimo aprobatorio, quedará fuera del programa”. Otro tipo de mensaje: “El estudiante V, del programa tal, fue sorprendido copiando en un examen. Se hace un llamado al estudiante para advertirle que tiene una sanción. La próxima vez que se le sorprenda en la misma acción, quedará fuera del programa”. También, los investigadores eran sometidos a evaluaciones periódicas de su trabajo de investigación y de su desempeño como personal de la planta académica del COLEF. Al parecer, se evaluaban puntajes como productividad, publicaciones, investigaciones desarrolladas, etc. Sin embargo, nos llamaba la atención que, en ese tiempo, las evaluaciones incluían indicadores *sui generis*, como “institucionalidad”. Los investigadores eran evaluados en términos de su reconocimiento o comportamiento hacia la institución. Ahí toda la comunidad del COLEF podía ver quiénes tenían diez o estaban reprobados en “institucionalidad”. Mi compañera, Marta, solía llamar a estas publicaciones la *Plaza Pública*. De alguna manera asumo, aunque realmente no lo sé, que esto ya no ocurre. Sin embargo, en aquellos momentos lo experimentamos como una muestra de la verticalidad de la institución y de la manera de asumir el control de toda su comunidad.

La institución parecía desarrollar con particular fiereza una nueva versión del adagio de la letra con sangre entra. Desde el principio, en una ceremonia-brindis de bienvenida a las nuevas generaciones de los posgrados, las autoridades de la institución subrayaron que el ingreso al mundo académico debía ser de sufrimiento, de desgaste físico

y emocional para considerarse una carrera científica-social medianamente respetable. “Nuestros estudiantes terminan en consulta médica, psicológica o psiquiátrica, eso muestra que aquí trabajamos a ritmos y condiciones de excelencia. Así son las cosas aquí. Así *debe* ser la academia”. Lo decían muy ufanos, gustosos y bromistas, chocando alegremente las copas: “¡Bienvenidos. Salud!”. Al mismo tiempo, llegaba a mí la sensación de la doncella que en la noche de bodas se da cuenta con que el varón que la ha desposado es un violador. Todavía me deja en un estado de profunda y temerosa perplejidad que estas personas, que representaban la autoridad de una institución académica, ensalzaran y se regodearan en el sufrimiento físico y mental de los demás como premio hacia sí mismos.

La producción de Grandes Hombres Académicos pasa también por el ejercicio de ritos iniciales. La rigurosidad de estos ritos entraña la posibilidad de no pasarlos con toda la limpieza que demanda el mandato de masculinidad. De nuevo, como dice Segato: las primeras víctimas de este mandato son los propios varones. Un compañero, al que llamaré V, fue quizá el primordialmente ungido por el primer coordinador del programa. El coordinador lo había instalado en un lugar privilegiado, lo había puesto como el estudiante ejemplar y el líder que habría de contrapuntar a los otros compañeros. Esta preferencia se debía, según alcanzábamos en aquellos momentos a dilucidar, principalmente porque tanto V como el coordinador eran egresados de la misma licenciatura en la misma universidad. Se espejeaban y se valoraban de forma mutua y recíproca como reflejos de sí mismos. Este lugar de privilegio, el ser mostrado como el ejemplo de un futuro Gran Hombre Académico de verdad, al primero que afectó fue al propio V. Asumió ese compromiso y su ungimiento como una labor en la que parecía que se le iba todo el “pundonor” de ser hombre (Bourdieu, 2000). El mandato de masculinidad provee a los hombres de una “honra” (Segato, 2010) que deben defender mostrando potencia. V había sido dotado de una honra académica que debía proteger a toda costa.

En un coloquio de presentación de avances de tesis –no recuerdo exactamente, pero ya debíamos tener cerca de un año en el programa cuando este encuentro se realizó–, V presentó su proyecto, como todo el resto del grupo. Ese coloquio fue de alguna manera crucial para el grupo, pues a partir de ahí, de las evaluaciones que se hicieron, se instalaron y afianzaron las piezas del juego, que éramos nosotros, y la manera en que la institución nos trataba y valoraba nuestros proyectos de tesis. En su presentación, V intentó evidenciar, muy ingenuamente, la trascendencia de la que había sido investido como el estudiante ejemplar y esclarecido. Se presentó en el estrado con algunos libros –además de su presentación en acetatos, como se usaba en ese tiempo–. Aclaró que los llevaba porque “siempre que me presento ante el público me gusta llevar los libros que leo”. A los compañeros no nos causó mayor impresión, pues estábamos acostumbrados a este tipo de expresiones que, en realidad, no eran privativas de V. Los otros varones selectos del programa desarrollaban prácticas similares. Es de llamar la atención que a las mujeres no se nos pasaba por la cabeza mostrar este tipo de actitudes. V realizó su exposición y fue duramente interpelado por un evaluador externo que, según recuerdo, era un investigador de origen polaco que laboraba en un centro de investigación del centro de país. Al sentirse sitiado con toda esa artillería de señalamientos, V pasó del aplomo al titubeo y después al enojo. Pero el evaluador no le dio tregua, y como dice Heinrich Böll en la novela *Opiniones de un payaso*, aquello fue una verdadera “labor de carpintería”. El evaluador literalmente ce-pilló a V como si fuera un pedazo de madera: “volaban las virutas”. Al final, agotado, V intentaba justificarse, deshojándose en sus respuestas. El evaluador, inmutable, lo interrumpió y, con una ligera risa, le dijo a V: “Mira, a veces es mejor decir que no sabes”. Con ese comentario, finalizó su presentación. Todo fue una situación incómoda y tensa que me parece a varios de los compañeros nos dejó una sensación de pesadumbre y desaliento; sin embargo, para ciertos investigadores aquello fue recibido con sonrisas enigmáticas y jactanciosas, poco faltaba para que frotaran las palmas de las manos una contra otra: “Se puso buena la discusión, ¿eh?”. V nunca pudo recuperarse de ese golpe. Su actitud cambió completamente. Ya no participaba en clase. Caminaba serio, cabizbajo y silencioso por los pasillos. Había sido feminizado, subordinado

y disciplinado por el mismo mandato de masculinidad que lo había entronizado. No había sabido defender su honra académica. No podía ser un Gran Hombre Académico.

Con el paso de los años y los aprendizajes vividos, he tratado de ser vigilante de mi propio actuar y proceder en la academia. Sin embargo, creo que en ocasiones no he podido evitar reproducir las taras, los errores, los desaciertos y los daños que pueden infigirse a las personas en el marco del desarrollo de las prácticas y las acciones con las que se distingue a los entornos de la generación de conocimiento. Sobre todo en los estudiantes de los posgrados. Lo expreso con honestidad: es un *mea culpa*.

Incluyo en este apartado un testimonio que para mí simboliza y sintetiza, la *alianza* patriarcal entre el COLEF y esa inefable ciudad Zombi de Tijuana. No sé si llamarla alianza. Es una suerte de imbricación que desvela un entramado en el que se teje de manera constante y cotidiana la configuración de masculinidades hegemónicas que, para serlo, requieren de la violencia y la marginación. Significa también otras cosas: la patriarcalidad de las instituciones académicas; el oficio de investigación como pasaporte intrusivo, ofensivo, a las realidades de la otredad. Arrogancia, ruindad, bajeza ilustrada; qué se yo.

Tijuana significaba, al parecer, para la mayoría del estudiantado de los programas de posgrado, una ciudad atractiva por su carácter fronterizo, lo que devenía en un variado acceso a entornos de *diversión*: antros, bares, trabajo sexual, etc. De forma casi sistemática, la mayoría de los estudiantes solían deambular rutinariamente los fines de semana por los establecimientos más conocidos de Tijuana. En estas salidas, no era raro que pudieran incluirse también los docentes, la mayoría varones, para acompañar a estudiantes en las visitas rituales a lugares *clásicos* de la vida nocturna en esa ciudad.

La única ocasión en que salí de antro, en esa ciudad, con otros compañeros, fuimos a un bar en el centro de Tijuana. Un local que fue una de las primeras cantinas de la ciudad: La Ballena. Ignoro si aún existe. El atractivo principal del lugar había sido, en tiempo pasado, el

haber tenido una barra de gran longitud. No recuerdo con quiénes fui. Creo que éramos unos cinco o seis estudiantes, entre hombres y mujeres, de diferentes maestrías. No sé si alguno de ellos había conseguido un carro, pues la mayoría del estudiantado no teníamos un transporte propio. Me parece que quien manejaba no conocía bien la ciudad porque estacionó el carro en un sitio alejado del bar. Creo que ninguna de las personas que íbamos habíamos estado en La Ballena. Caminamos varias cuadras sobre una misma calle. Aunque era ya noche avanzada, la calle estaba llena de gente y tránsito. Conforme caminábamos me percaté de que la mayoría de las personas en la calle, mujeres, estaban paradas en la banqueta, tranquilas, entre aburridas y expectantes, silenciosas, y algunas otras conversaban. Tardé algunos metros en darme cuenta de que eran personas dedicadas al trabajo sexual. La gran parte de ellas, jóvenes, adolescentes, pero también mujeres adultas, maduras, ancianas. Recuerdo especialmente a una chica de quizá unos quince o dieciséis años, de rasgos indígenas, vestida con modestia. Portaba una blusa sencilla, una falda de corte recto que le llegaba a media pantorrilla, un saco. Todo de color claro. Unos zapatos de piso, de color oscuro. De su hombro izquierdo colgaba una bolsita marrón, tipo cartera, de correa larga. Su rostro moreno no tenía gota de maquillaje. Su pelo negro, lacio, que le llegaba casi a la cintura, muy bien peinado, lo traía recogido en una media cola, resaltando el flequillo sobre su frente. Había una expresión serena, tímida y diáfana en toda su persona. Creo que no fui la única que se fijó en esta joven, aunque de distinto modo. Escuché que alguien de los compañeros exclamó, unos pasos después de haber pasado junto a la chica: “A poco también ésta...?”. Durante el trayecto, los compañeros emitían comentarios y exclamaciones sobre las trabajadoras sexuales que empezaron a irritarme: “Ésta es la calle Coahuila? Es donde se ponen las prostitutas, ¿verdad?”.

Llegamos a La Ballena. Un sitio más bien pequeño, que estaba casi vacío. La otra extensa longitud de la barra era sólo una leyenda que podía corroborarse en las fotografías blanco y negro que colgaban de la pared. Las mesas y asientos eran de madera gastada, como si fueran bancas para un día de campo. Había música, pero no recuerdo de qué género. En una o dos mesas se encontraban sentados pequeños grupos de varones. Jóvenes y adultos maduros. Según me pareció, eran obreros de la construcción.

Vestían ropa de trabajo salpicada de cal, manchas de cemento y pintura. Sus rostros cetrinos, de expresión cansada y taciturna, de ojos oscuros y enrojecidos, nos dirigieron miradas que revelaban la molestia que causábamos en el lugar. Nuestra presencia era insultante. Estaba claro que éramos una punta de curiosos, vulgares mirones que habían ido a fisgonear en los bajos fondos tijuanenses, a ver la marginalidad lumpen como si fuera una diversión. Habíamos ido a ver el mundo de la miseria, a regodearnos en su dolor, para luego salir de allí a nuestras bien cobijadas vidas de estudiantes becarios. Ahí tuve una de las más lacerantes sensaciones de desolación, de vergüenza, de impotencia, de ofuscación, angustia, tristeza... de tantas cosas que no sé cómo decir. Las palabras no me alcanzan y no tienen la dimensión de lo sentido.

Pedí una cerveza que no probé. Creo que ni siquiera hablé con los compañeros. Tampoco los escuchaba. Estaba abrumada por toda la pesadumbre del lugar. En una esquina de la recortada barra había una mujer madura, que rondaba los sesenta años. Estaba de pie, recargada en la barra. Platicaba con un hombre. La mujer tenía una blusa de tirantes, de un color que no recuerdo bien, y una falda corta de color naranja que revelaba la ausencia de ropa interior. Sus zapatos de tacón, tipo sandalia, eran dispares: uno blanco, el otro oscuro, de estilos diferentes, pero igual de desgastados y rotos. Tenía el pelo lacio y teñido de negro que contrastaba con un maquillaje intenso de colores azul, rojo y naranja, aplicado de manera discordante y errática sobre el rostro. Sus brazos y piernas estaban visiblemente maltratados, llenos de magullones, raspones y hematomas. Hablaba con el hombre en un tono de voz alto que permitía escuchar el arrastre de las palabras, y esporádicamente emitía unas carcajadas agudas que mostraban la falta de la mayor parte de la dentadura.

Sentía como si tuviera un ladrillo sobre el pecho. Quería irme, pero tuve miedo. Era de noche y no reconocía muy bien la ubicación donde nos hallábamos. Siempre he sido cobarde. No atendía la conversación, aunque me pareció percibir que los compañeros forzaban la dinámica interactuante como si la estuvieran pasando de lo mejor. Mi vista pasaba de los compañeros a las paredes, a las fotografías, al resto de los comensales con el reflejo en la cara de las marcas de esos golpes de la vida “tan fuertes como del odio de Dios”, de los que “abren zanjas oscuras en

el rostro más fiero”, como dice el poema de César Vallejo;¹¹ a la mujer en la barra, a las charolas de metal que databan de los años cincuenta o sesenta, en que los meseros llevaban y traían las bebidas, a la cerveza intocada frente a mí, para volver a la sensación de opresión en el pecho. Tenía deseos de llorar a gritos, de aullar. Pensaba: “Realmente nunca he llorado a gritos... o quizá sí, de pequeña, pero no lo recuerdo”.

Años después leí una entrevista con el fotógrafo cubano Constantino Arias. Cuando Arias describe la situación social antes de la revolución, aludiendo a unas fotos que tomó de niños vendedores y limpiabotas en La Habana, expresa: “Muchas veces deseé que la tierra se abriera en dos, que ocurriera un cataclismo aunque se acabara el mundo, con tal de que todo eso cesara” (en Haya, 1987: 9). Así fue la sensación que tuve en La Ballena. Ésa es la sensación que aún tengo por otras tantas situaciones. Quería que se acabara todo de una vez. Algo que cortara de tajo, a costa de lo que fuera, todo ese sufrimiento. Por supuesto que ya había vivido antes, de cerca, escenas por el estilo que reclamaban la imperiosa necesidad de la aparición repentina de una hecatombe definitoria. Pero lo ocurrido en La Ballena fue más amargo y aplastante para mí porque estuvo directamente relacionado con un ambiente que el COLEF propiciaba respecto a la manera de asumirse como institución “científica social” en el contexto tijuanense. Como ya mencioné, no era raro que investigadores acompañaran a estudiantes en las correrías de fin de semana. Más aún, en ocasiones, como parte de eventos académicos, algunos investigadores “invitaban” a otros visitantes, académicos también, a conocer los lugares de diversión de la Tijuana fronteriza profunda, como el salón de baile La Estrella. Era como el ofrecimiento de un *tour* sociológico-académico-intelectual al bajo mundo. Mal mirado, esto no tenía gran distancia con las ventas chocantes de *Mexican curious* de la calle Revolución. Es la mirada rapiñadora intelectual del patriarcado. No hay mucha diferencia con lo que manifiesta Rita Segato (2016) respecto a que una manera en que el capitalismo opera para cosificar la naturaleza y con ello hacerla vendible, mensurable, es cosificando, primero, el cuerpo de las mujeres. Donde se instala el gran capital o la fuerza del Estado, se instalan también los burdeles, los espacios donde

¹¹ Me refiero al poema *Los heraldos negros*.

se entrena a los varones en la rapiña del cuerpo femenino, en el ejercicio de la crueldad que permitirá rapiñar, en consecuencia, a la naturaleza y a las personas (Segato, 2016). En esta extraña promoción de ciertas características del entorno tijuanense, algunos investigadores actuaban como pedagogos de la rapiña en una pretendida fachada de interés académico. Era común escuchar los comentarios de estudiantes varones aludiendo a sus visitas en los antros, la manera grotesca y despectiva con que se referían a las mujeres que veían o con las que interactuaban en esos lugares. El mundo académico tiene también sus formas de montarse en la rapiña mayor del patriarcado.

Las prácticas autoritarias eran formas naturales de operar en la institución del COLEF. También esto se encontraba en la dinámica cotidiana de los investigadores. Era la manera en que la organización funcionaba y a partir de la cual construía su identidad, su autodefinición, sus mecanismos y su ser institución académica respetable y auténticamente científica. En general, había un ambiente denso y de permanente crispación, enrarecido. Creo que esto lo resentían o se expresaba mayormente en las investigadoras. En general, las percibía tensas, forzadamente amables, con sonrisas desvaídas y extrañas, con *tics* nerviosos, gestos estudiados y tonos de voz que pretendían mostrar autosuficiencia, displicencia y desdén hacia quienes consideraban en posición subalterna (los estudiantes). Lo entendí como una manera de sobrevivir en ese mundo académico: era necesario patriarcalizarse. Pero esto no parecía incidir en una postura favorecedora por parte de sus compañeros varones académicos; al contrario. En ese momento, a pesar de que yo aún no tenía una formación académica en la perspectiva de género y mi identificación como feminista era titubeante, me pareció que las académicas en esa institución eran menospreciadas y maltratadas; y que, en contraste, los investigadores varones eran entronizados, ensalzados, muy valorados y apreciados como la intelectualidad científica de la región y del país. Al COLEF y toda su *grandeza harvardiana* lo construían fundamentalmente sus académicos varones. Las mujeres eran añadidos, elementos residuales (Segato, 2016) de la colonial-modernidad del conocimiento.

Siguiendo a Godelier: ninguna Gran Mujer Baruya podría jamás llegar a ser tanto o más relevante que un Gran Hombre. En el COLEF, por supuesto que había investigadoras muy reconocidas, pero ninguna lo graba equiparar la altura de los investigadores varones destacados de la misma institución.

Esto ocurría también respecto a las estudiantes. Me tomaré la libertad de expresar un testimonio que se refiere a Marta. Ella siempre ha sido –lo sigue siendo– una académica muy inteligente y con destacadas capacidades analíticas. Durante los cursos de la maestría fue una excelente estudiante. En el primero o segundo periodo escolar del programa, el profesor G, de formación sociólogo, que aún no se titulaba del doctorado, nos impartió una materia y pidió un ensayo como trabajo final, relacionado con alguna temática desarrollada durante el curso. G conocía a Marta desde antes de que ella ingresara al COLEF. Según me parece recordar, esto era así porque el compañero de Marta, sociólogo también, y G se conocían desde que estudiaron en la universidad, en Mexicali. En la revisión de ese ensayo final, G nos fue llamando a cada quien, por separado, de forma individual. Acudíamos a su cubículo, él nos regresaba el ensayo *revisado*, hacía comentarios sobre el texto y emitía la calificación final de la materia. Cuando le tocó el turno a Marta, G la recibió, cerró la puerta del cubículo, se sentó frente a ella y le dijo, con sonrisa irónica, que estaba reprobada. Marta, con estupor, le preguntó cuál era la razón; “Porque copiaste el trabajo”, le respondió G, con tono que parecía añadir: “Te caché en la trampa, chapucera”. Marta le había dedicado especial interés y esfuerzo a ese ensayo. Ella se rio: “¿Por qué crees que yo copié el trabajo? ¿En qué te basas para decir eso?”, le preguntó. G titubeó un poco:

—Es igual que el trabajo de otro de tus compañeros del grupo.

—¿Cómo que igual?

—Sí, bueno... es sobre lo mismo... el mismo tema, la misma bibliografía...

Marta no se arredró:

—Ah, sí, y según tú a quién le copié.

G empezó a mostrarse vacilante, no sabía cómo enfrentar la situación, dudaba en dar el nombre, parecía que nunca pensó que Marta podía rebatir con firmeza su dictamen.

—Es igual al trabajo de T. Le copiaste a T.

Marta se quedó asombrada, muy sorprendida. Recordó que durante el proceso de elaboración del ensayo, mientras trabajaba en el área de cómputo de El Colegio, T se acercó a platicar con ella. Hablaron de ese ensayo que debían elaborar. Él le preguntó qué estaba haciendo. Marta le dijo que desarrollaba el tema de segmentación de los mercados de trabajo. T, muy interesado, empezó a ver, sin ningún rubor ni disimulo, la pantalla de la computadora, y se puso a leer lo que Marta escribía. Después hojeó los textos, fotocopias, que ella estaba utilizando para la elaboración del ensayo. Esos documentos se los había proporcionado J, su compañero; eran textos difíciles de encontrar. T le preguntó si se los podía prestar, pues le servirían para su propio trabajo. Marta no tuvo inconveniente en facilitarle la información. Ahora ella podía ver el resultado de todo aquello.

Después de la primera sorpresa, Marta interpeló a G:

—¿Y no puede ser al revés? ¿Ya leíste mi trabajo? ¿De verdad son iguales? Si tenemos la misma bibliografía es porque T me la pidió. Esa información me la consiguió J. No has leído mi trabajo. Viste primero el ensayo de T, y como es el mismo tema y se repite la bibliografía, pensaste que le copié, pero no has visto si mi trabajo aborda el tema de la misma forma o dicen lo mismo.

G se vio acorralado. Dudó, trastabilló, se enredó en sus explicaciones. Su respuesta la enfiló hacia la formación académica de Marta y T: “Es que T es economista... conoce de estos temas... tú estudiaste comunicación...”. Marta solía decir, al describir esta escena: como queriendo decir: “¡Es obvio a que a ti no se te pueden ocurrir estas cosas!”.

Hace unos meses, tuve la oportunidad de convivir con Marta durante algunos días, después de un buen tiempo de no vernos. Le dije que estaba escribiendo este capítulo sobre nuestro paso por el COLEF. Recordamos muchas anécdotas. Fue Marta quien volvió a traer a mi memoria este episodio, pues yo lo había olvidado. Al hablarle a Marta sobre esto que ahora escribo, ella también hizo nuevas reflexiones sobre la situación que había pasado con G y el famoso ensayo final sobre la segmentación de los mercados de trabajo (al rememorar, Marta exclamaba entre risas: “¡Y no se me olvida el tema, ¿eh?”). Después de conversar, de platicarle sobre mi interpretación de aquellos acontecimientos,

De cuando fui mutante-marginal del conocimiento en la capital zombi

de la figura de T y la relación con la patriarcalidad académica, Marta expresó, con una suave sonrisa: “En aquel momento me lo expliqué todo por la diferencia de formación profesional: G le creía a T porque él era economista y yo no. G no se tomó la molestia de leer mi trabajo. Nunca se me ocurrió pensar que, en el fondo, el equívoco había sido más bien porque yo soy mujer”.

–Es que T quería robarte la flauta, porque tú no sabes usarla –le respondí. Las dos nos reímos por un buen rato.

El humor

Las primeras víctimas del mandato de masculinidad son los hombres, no las mujeres. Porque nosotras tenemos otras formas de contentamiento. Aun en las situaciones más hostiles, aun en las situaciones más difíciles, nosotras las mujeres tenemos formas de vinculación, formas de acompañamiento entre nosotras, formas de solidaridad que son parte de nuestras prácticas históricas como mujeres, que nos permiten encontrar contentamiento, gozo y ludicidad mucho más fácilmente que a los hombres. Toda la ludicidad de los hombres es competitiva. La nuestra no. Nosotras tenemos más acceso a la risa, a la broma. Pero a la broma no con una víctima expiatoria. Hay muchos tipos de broma. No una broma que necesita una víctima, que necesita un chivo expiatorio, una víctima sacrificial para poder ser broma. Nosotras tenemos otro tipo de broma. El humor femenino es distinto al humor masculino.

Rita Segato (<<https://www.youtube.com/watch?v=Nvss3YPEUv4>>).

La sabiduría es mejor que el ingenio y tendrá, a la larga, la risa de su parte.
Jane Austen

Desde hace algunos años me he dedicado a estudiar el sentido humor desde una perspectiva de género. A partir de una plataforma de conocimiento antropológica, el humor y lo risible pueden entenderse como construcciones culturales históricas. Por cuestiones de espacio

no desarrollaré de manera detallada las dissertaciones que he construido en torno a lo humorístico y lo irónico en las mujeres. A grandes rasgos, sólo manifestaré una parte del análisis que he desarrollado. En efecto, como dice Rita Segato en el epígrafe de este apartado, las mujeres tenemos “otro tipo de broma”. La idea de lo humorístico, para las mujeres, no se concentra en la necesidad de regodearse en la desgracia ajena, en la humillación de las demás personas. Bergson (2008), Berger (1999), Minois (2018) y otros autores elaboran una explicación del humor en función de la mirada patriarcal occidental. En los análisis y descripciones históricas sobre el humor, en realidad se habla de cómo los varones occidentales han construido lo humorístico. Se asume que las mujeres también se han reído de lo mismo o que encuentran graciosas las mismas situaciones o prácticas que los varones. Aunque en realidad nunca se hacen una pregunta: ¿lo humorístico es *generizado*? La risa de las mujeres puede llegar a ser muy otra.

Tomando como referencia los ritos celebratorios, de carácter religioso o sagrado, caracterizados por la alegría, lo benefactor, el disfrute de los sentidos o de la camaradería –la sororidad– en confluencia con el carácter de lo femenino, me permito aludir a un ejemplo singular en la descripción realizada por Sennett (2002) respecto a la manera de celebrar el rito de las fiestas de Adonis en la *polis* ateniense a finales de los siglos V y IV a. C. Este ritual era desarrollado únicamente por las mujeres. Se trataba de una celebración de origen agrícola que se relacionaba con la muerte. Sin embargo, en el contexto “urbano” de la Atenas de esa época, el ritual tuvo algunas variantes en el espacio de su realización, al estar confinadas las mujeres atenienses al entorno doméstico. Si bien las fiestas de Adonis constituían una forma de evocar la muerte de este joven dios (según la mitología fue embestido por un jabalí), pero estas formas conmemorativas aludían no tanto a una lamentación fúnebre, sino a un afán celebratorio de la capacidad amatoria, la sensualidad y los placeres sexuales que Adonis proporcionaba a las mujeres:

Las fiestas de Adonis celebraban el deseo sexual de las mujeres. Suavemente fragante, embriagadora y obscura, esta celebración aromática liberaba las potencialidades femeninas para que hablaran acerca de sus deseos en un espacio de la casa extraño y normalmente no utilizado: el tejado.

[...] las mujeres idearon un ritual que sólo era fúnebre de nombre. En lugar de lamentarse, permanecían levantadas durante toda la noche, danzando, bebiendo y cantando juntas. Echaban bolas de mirra y otras especias a los incensarios (Adonis era hijo de Mirra, la ninfa de la mirra) para excitarse sexualmente. La fiesta adquirió la reputación de estar relacionada con chistes lúbricos y sexo ilícito. [...] Las fiestas de Adonis parecen una celebración de deseos por lo demás insatisfechos en las vidas de las mujeres (Sennett, 2002: 79-82).

A partir de esta descripción, se entiende a la celebración de este rito como una forma de resistencia y liberación –momentánea o transitoria– de las mujeres ante la dominación masculina. Más aún, Sennett destaca una comparación entre las fiestas de Adonis y otro tipo de celebración similar en cuanto a la expresión de la sensualidad y la connotación de placer sexual, desarrollada sólo por varones: *el simposio*, que se realizaba en el *andrón*, un ámbito privado particularmente masculino. Los *simposios* que ahí se efectuaban tenían una importante carga de competencia y agresión, aunque se trataba de una actividad celebratoria, de alegría y gracejo, pero la convivencia desarrollada podía distar mucho de ser armónica, justamente por la connotación de enfrentamiento entre varones que tenía la fiesta. Esto es, la celebración, la base del contento o diversión, de lo humorístico, se fundamentaba en el ejercicio de la humillación, el *ser más listo* que el otro al momento de emitir o hacer la humorada. En contraste, las fiestas de Adonis perseguían el afán celebratorio, mutuo, entre mujeres, en un ambiente de alegría, congratulación y compañerismo. Había un sentido de identidad comunitaria que proporcionaba complicidad a las acciones de las mujeres durante el ritual.

Las fiestas de Adonis diferían significativamente de las celebraciones masculinas (los *simposios*), que tenían lugar a lo largo del año bajo el tejado del *andrón*. [...] El simposio presentaba a los hombres la oportunidad de excederse y entregarse a ruidosas diversiones. [...] El simposio, según ha escrito L. E. Rossi, era “un espectáculo en sí mismo”, en el que los hombres bebían, coqueteaban, charlaban y presumían, [...] la competición impregnaba las relaciones masculinas en el simposio. Los hombres preparaban con anticipación poemas, chistes y baladronadas, para exhibir

sus habilidades durante el banquete. En ocasiones se perdía el equilibrio entre la competición y la camaradería, y el simposio degeneraba en una violenta reyerta.

En el tejado, durante las fiestas de Adonis, había la misma lascivia, pero las mujeres no competían entre sí. Tampoco había chistes preparados. Las fiestas de Adonis también evitaban el carácter privado y exclusivista que caracterizaba al simposio. Las mujeres iban de una casa a otra, oían que las llamaban desde arriba en la oscuridad, y subían por escaleras a los tejados para encontrarse con extrañas (Sennett, 2002: 83).

Por todo lo anterior, no es raro como señala Sennett, que las fiestas de Adonis fueran desdeñadas por los varones de Atenas:

La ciudad no reconocía formalmente las fiestas de Adonis. No aparecían en el calendario oficial como sucedía con la mayoría de las restantes festividades, que eran programadas, supervisadas y financiadas por la ciudad. Se trataba de una festividad tan informal en su organización como espontánea en su sentimiento (Sennett, 2002: 84).

Según destaca y concluye Sennett, el ritual de las fiestas de Adonis no era un mecanismo o una herramienta de rebelión para las mujeres ante el sistema patriarcal de opresión. Constituía, solamente, una forma de liberación, de expresividad y apropiación del cuerpo, como una suerte de resistencia a su condición de subordinación a los deseos de los varones. Una especie de catarsis, que las características en la ejecución del ritual en sí mismo, conferían de sentido y articulaban elementos que podían parecer –bajo otra perspectiva ajena al rito y a las mujeres– un tanto extravagantes o sin un significado explícito: el que se realizara en el tejado; el que las mujeres fueran, posiblemente, desconocidas entre sí o no las uniera ningún lazo; el hecho mismo de que a las mujeres les fuera “permitido” en ese ritual, reír, beber, divertirse. Es la corporalidad en acciones “trasgredoras” lo que da sentido a la ejecución del ritual y todas sus connotaciones de resistencia.

En una frase memorable, el estudioso del mundo clásico John Winkler denomina a las fiestas de Adonis la “risa de las oprimidas”. Pero ese ritual no decía “no” al “sí” masculino. No impulsaba a las mujeres a dominar por una noche el ágora, la colina de Pnyx u otros bastiones masculinos. El tejado no era una plataforma de lanzamiento para la rebelión. Por el contrario, era un espacio en el que, de manera momentánea y corporal, las mujeres pasaban por alto las condiciones que le imponía el orden dominante de la ciudad (Sennett, 2002: 85-86).

Siguiendo esta idea, narraré para finalizar esta descripción autoetnográfica, la presencia y ejercicio de “la risa de las oprimidas” en mi vida, en general, y de manera particular en mi trayectoria escolar.

Mi madre tenía la risa más contagiosa que he escuchado. Aunque no reía de esa manera con frecuencia. Cuando ella empezaba a reír, era imposible mantenerse al margen o acompañarla con simples sonrisas. Terminábamos estallando en carcajadas aunque en realidad, o inicialmente, no nos pareciera demasiado gracioso el motivo por el cual ella reía. Mi padre tenía un sentido del humor de aparente baja modulación o de una sutil ironía. Era una especie de humor discreto que buscaba pasar inadvertido en una amable seriedad. A partir de una conversación que tuve con mi hermana Nony, recordamos una ocasión en que nos encontrábamos viendo la televisión con mi madre, mi padre y con mi hermana Laura. En el pueblo en el desierto en el que nací y crecí, en mi infancia setentera, pocos eran los canales de televisión que podíamos sintonizar. Había un canal que emitía la señal desde la ciudad de Mexicali. Antes de que las grandes empresas televisoras engulleran las modestas organizaciones de comunicación locales, en Mexicali existió el Canal 3. Los viernes o sábados por la noche solían transmitir películas estadounidenses de los años cincuenta y sesenta, protagonizadas por el comediante Jerry Lewis. En una ocasión nos encontrábamos viendo una película cuyo nombre no recuerdo. Había una escena en la que Lewis, por no sé qué motivo, se encuentra acostado en una camilla de hospital. La camilla tenía ruedas. De manera previsible, la camilla, con

Lewis en ella, se desliza de manera alocada y sin control por las calles de la ciudad. La secuencia, en realidad muy simple, le causó una gran hilaridad a mi madre. Nos resultó imposible permanecer impasibles ante sus continuas carcajadas. Terminamos llorando de la risa, entre protestas: “¡Ya, ya, por favor, mamá, no te rías!”, pues nos dolía el estómago de tanto reír, no por la secuencia de la película, sino por la fascinación que nos provocaba la virtud contagiosa de la risa de mi madre y dejarnos llevar por su jocosidad del momento.

En la escuela secundaria, y después en la preparatoria, siempre tuve amigas con gran sentido del humor. Cuando cursaba la secundaria, solíamos realizar las tareas en equipo en casa de mi amiga Gloria, que vivía a cuatro cuadras de mi casa, o en el domicilio de otra amiga, Lilia. Estos deberes escolares en realidad eran un mero pretexto para organizar reuniones que invariablemente se encontraban al servicio del chacoteo y la broma. Recuerdo una tarde, en la cocina de casa de Gloria, mientras ella preparaba un postre que comeríamos –a sus trece o catorce años le gustaba cocinar, y lo hacía muy bien–. No tengo ya la menor idea de qué pudiéramos estar hablando, quizás de alguna reconstrucción graciada de lo ocurrido en la escuela (hay que confesarlo: podíamos llegar a ser terribles en eso); el caso es que terminamos las tres, literalmente, arrodilladas en el piso de la cocina, con ambos brazos agarrándonos la barriga de la risa. Luego entró a la cocina B, hermana de Gloria, se quedó perpleja mirándonos, y diciendo entre risitas: “Qué tienen, ¿están locas?”, lo que nos hizo reír todavía más. Después B le gritó a D, la hermana menor: “¡D, ven a ver cómo se retuercen estas mensas en el piso!”.

En alguna ocasión he expresado que mi paso por la preparatoria fue una permanente carcajada. Mi grupo de amigas en ese tiempo, compañeras de salón, estaba liderado por Isela, una joven inteligente, entusiasta y con un extraordinario sentido del humor, siempre risueña, festiva y ocurriendo. A las otras compañeras, Claudia, Elena y a mí, nos gustaba hacer tareas en casa de Isela. Llegábamos, y con un desparpajo que cruzaba sin pudor los límites del exceso de confianza, nos instalábamos entre la sala, el comedor y la cocina. La madre y el padre de Isela eran

profesores en una escuela secundaria pública de San Luis Río Colorado. A veces nosotras salíamos más temprano de lo previsto de la escuela, entonces nos enfilábamos a pie a casa de Isela, pues su domicilio estaba relativamente cerca del plantel. Como salíamos temprano, sus padres, hermanas y hermano aún no llegaban, por lo que la casa estaba vacía y quedaba, automáticamente, bajo nuestro dominio por una o dos horas. Recién llegábamos, solía concentrarme en los discos LP y el tocadiscos que había en un rincón de la sala. Algunos de esos discos eran del tío de Isela, un profesor de geografía que impartía la materia en la secundaria donde ambas habíamos estudiado. Él y su familia eran vecinos, pues vivían enfrente de la casa de mi amiga. El susodicho tío comulgaba con ideas de izquierda, y tenía varios discos de lo que en los setentas y ochentas llamaron “nueva canción” o “canciones de protesta”. Ahí escuché discos de Los Guaraguao, Soledad Bravo, Víctor Jara, Silvio Rodríguez, etc. Mis amigas no compartían estos gustos musicales, pero me dejaban en comprensiva y generosa libertad en ese rincón del tocadiscos. Momentos después, me reclamaban sus exclamaciones y risas, por lo que dejaba los discos y me incorporaba a la plática. A veces, en la mesa del comedor había una máquina de escribir y papeles de alguna tarea escolar inconclusa. Me gustaba sentarme frente a la máquina, insertar una hoja y empezaba a escribir las palabras que pescaba al vuelo de la conversación que tuvieran mis amigas en esos momentos. Como su charla era más rápida de lo que podía escribir, plasmaba hasta donde mi memoria de lo dicho llegaba, e inmediatamente lo hilaba con lo que se decía en ese momento, y así seguía mientras ellas platicaban y reían. Lo que quedaba era un extraño escrito con frases cortadas y pegadas, pedazos caóticos que daban cuenta de las variaciones y vericuetos de la conversación. Me cansaba rápido de esto, pero me divertía mucho mientras tecleaba a toda prisa. Al verme reír mientras escribía, Isela se acercaba y sacaba el papel de la máquina. Se ponía a leer en voz alta lo escrito mientras todas nos desternillábamos de la risa con las incoherencias que Isela leía y a las que hacía más graciosas recitándolas con un tono de voz jocoso y teatralizado. En esos instantes, y a lo largo de todos estos años, me gratificaba profundamente la candidez e inocencia de esas diversiones compartidas.

Mi etapa como estudiante universitaria fue muy venturosa, creativa, alegre. Ha sido, quizá, una de las mejores fases de mi vida. Y esto fue, fundamentalmente, por las amistades que ahí conocí, la mayoría mujeres, y que siguen siendo, hasta la fecha, una parte indispensable del patrimonio inmaterial de mis afectos o, como diría mucho mejor Vinicius de Moraes: “Son fundadores de mi encanto por la vida”. Para mí la amistad ha estado siempre asociada, invariablemente, al sentido del humor, a la risa y lo celebratorio. Mis amigas son una parte de mí misma. Son la parte mejor que en realidad nunca fui, pero que a través de ellas he podido ser.

Librada es una amiga que conozco desde la secundaria. En ese tiempo no compartimos amistad porque estábamos en turnos escolares diferentes: yo por la mañana, ella por la tarde. Pero nos identificamos desde entonces. Después, en la preparatoria, tuve la suerte de que ella estuviera en el mismo salón que yo. En ocasiones su grupo de amigas más cercanas y mi grupo de amigas: Isela, Claudia, Elena, nos juntábamos y pasábamos momentos alegres y risueños. Posteriormente, Librada y yo entramos a la universidad y cursamos toda la licenciatura en el mismo grupo. Ella es una persona con un gran sentido del humor, generosa y dulce, y a la vez irónica y sarcástica; firme en sus convicciones, independiente, audaz, comprometida, valiente y justiciera; carismática y sencilla. Es una persona a la que, invariablemente, quien la conoce, la aprecia o, mínimo, le resulta muy simpática. En la universidad, solía decirle que sin duda deambulábamos por el campus así: ella, en su versión permanente de sol radiante; yo atrás, como una nube gris y sombría y sin arco iris. A lo largo de los años la he visto pasar por las más tristes y angustiantes situaciones, y atestiguar que, pese a todo, nunca pierde su talante afable y el gesto humorístico, al mismo tiempo que la contundencia de tomar su vida en sus propias manos.

Mis otras amigas universitarias, Rocío y Adriana, son mujeres de sonrisa esplendente. Las conocí cuando éramos estudiantes en la universidad, pero los lazos de amistad se forjaron más bien cuando ya habíamos egresado. Las tres, junto con Librada, trabajamos en diferentes áreas de la universidad, en Mexicali, poco después de haber concluido

la licenciatura. Recuerdo el inicio de las tardes en el verano del desierto bajacaliforniano, ir a comer con Rocío a un viejo restaurante de comida china, cerca del edificio de rectoría de la universidad; contarnos nuestras cuitas del día, los anhelos, los errores, las sorpresas, los aprendizajes y las añoranzas, entre risas, arroz cantonés, chun kun, galletitas de la suerte y una bohemia oscura, fría, que me proporcionaba la energía para salir, nuevamente, a enfrentar el horno de 48-50 °C que sabíamos presente y nos esperaba impasible del otro lado de los vidrios de las ventanas. Siempre he experimentado una gran admiración por mis amigas. Esto no ha tenido cambios con el tiempo. Su talante, su seguridad, su alegría, su profesionalismo y compromiso en el trabajo, la manera de enfrentar la vida. Les debo los mejores y más divertidos recuerdos de mi juventud. Estoy en deuda con ellas, por siempre.

Finalizo este apartado que entreteje la amistad, el humor y la escuela, con algunos rasgos de mi amistad con Marta y Ema, en el COLEF. En más de una ocasión, el matiz humorístico nos permitió sobrellevar la rutina autoritaria de la institución que podía llegar a ser asfixiante, áspera y densa. Durante los primeros meses del posgrado, un profesor de economía nos dio un *examen para llevar* –para resolverlo en casa– como evaluación de un parcial. Según recuerdo, eran algunos problemas de macroeconomía o algo así. Toda una tarde y una noche, en la que no dormimos ni un momento, la pasamos Marta, Ema y yo resolviendo el dichoso examen en casa de Ema. Ella era residente y nativa de Tijuana. Vivía en su casa con su entonces marido y sus dos hijos varones pequeños. Durante esas horas de resolución del examen, más de una vez tuvimos que dejar nuestra ardua e importantísima misión para reírnos en sentidas y estruendosas carcajadas. Esa noche rememoré los trabajos en equipo de toda mi anterior trayectoria en las escuelas, y tuve la cálida sensación de que los años no habían logrado cambiar gran cosa la convivencia con otras mujeres en la actividad escolar. Después, cuando el profesor regresó aquellos exámenes calificados, y surgieron reyertas y auténticas crisis existenciales entre ciertos compañeros varones porque alguno había obtenido 9.273 y otro 9.276, tuve la intuición de que sin duda no se habían divertido tanto como nosotras resolviendo el examen. Ellos preferían el *simposio*. Allá ellos.

En otra ocasión, cuando el profesor G realizó aquella evaluación de su materia, que ya he referido, con un ensayo; Ema tuvo, como Marta, una experiencia desagradable. En su entrevista personal con G, éste se burló de su trabajo. Le dijo que no sabía escribir, que no tenía idea de lo que era un ensayo. Ema había estudiado arquitectura en la UNAM, pero en la “Facultad del Autogobierno”, como ella solía decir, enfática, aclarando la diferencia. Durante su carrera, no había realizado trabajos del tipo que ahora se le pedían. Elaboró su ensayo de manera intuitiva. De algún modo se sintió conforme con lo hecho, pues no había solicitado ayuda o supervisión para realizarlo. Sin embargo, G no tomó en cuenta nada de esto. Tampoco se lo preguntó. Se limitó a evaluar y comentar su trabajo en tono sarcástico y burlón. Fue hiriente en sus comentarios, y al parecer encontró gusto en humillarla por su forma de escribir y expresar sus ideas. A pesar de su buen ánimo, esto fue una experiencia desagradable y ofensiva para Ema. Salió inquieta y desconcertada de la entrevista. Marta y yo nos encontrábamos en la sala de cubículos asignados al estudiantado de la maestría, que no eran otra cosa más que un galerón con tres o cuatro hileras de pequeños escritorios con sus sillas, separados por una especie de cortinas de madera a los lados y al frente de cada mesita o escritorio. Nos encontrábamos justo en el cubículo que me habían asignado. Me parece que Marta estaba contándome lo ocurrido durante su entrevista. En eso llegó Ema, muy contrariada y ruborizada. Con molestia nos narró lo ocurrido. Estaba tan enojada que sus ojos se llenaron de lágrimas. Esto me sorprendió. Ella es una mujer más bien mesurada, con mucho dominio de sí misma. No es afecta a ese tipo de expresiones. Estuvimos ahí un buen rato conversando sobre el asunto. En eso alguien pasó comentando que G buscaba a Ema. La reacción que tuvimos fue como si nos hubieran pinchado a cada una con un alfiler. Marta salió de la sala de cubículos y fue a dar un rondín para ver si encontraba a G y prevenir a Ema, pues ésta no quería verlo por ningún motivo. Al poco rato volvió Marta, apresurada:

—¡Ahí viene G! Y es verdad, te está buscando.

Sentí como si estuviéramos fumando en el baño de la secundaria y nos alertáramos sobre la presencia del prefecto. Entonces Ema, sin pensarla dos veces, se metió presurosa a esconderse debajo del escritorio que estaba frente al mío. Ema es una mujer alta, su estatura, me

parece, ronda el 1.75 m. Es un misterio insondable cómo esa mujer de larguísimas piernas pudo caber en un espacio reducido de quizá menos de 90 x 90 cm, con total soltura y sin esfuerzo. En unos segundos llegó G a la sala de cubículos. Desde la orilla de la fila de escritorios, a unos metros de distancia de donde estábamos, nos preguntó por Ema. Marta y yo respondimos que no la habíamos visto. No sé si nos creyó. Salió de la sala con el rostro descompuesto, mientras Ema seguía enrollada como una serpentina abajo del pequeño escritorio. Cuando por fin salió de allí, nos torcimos de la risa reconstruyendo la escena y la prestancia de Ema para transformarse en ovillo. Las lágrimas de ofuscación de Ema fueron remplazadas por las lágrimas provocadas por la risa. Creo que alguien de los compañeros entró a la sala y comentó algo así como: “Mira, qué divertidas, seguro les fue muy bien en la evaluación”. Tiempo después, durante el desarrollo del programa y la entrega de ensayos y trabajos para otras materias, Ema se divertía con los comentarios que los profesores hacían en sus textos respecto a su redacción y sintaxis, del tipo: “¡Qué manera más extraña de usar los punto y coma!”, escrito en rojo y con signos de admiración. Ema nos mostraba el ensayo en cuestión con estas observaciones, y soltábamos la carcajada.

En toda mi vida o trayectoria escolar, hasta la fecha, siempre me ha salvado el humor, sobre todo el humor femenino, el humor de los marginados, “la risa de las oprimidas”, para resistir la conformación patriarcal de las escuelas, principalmente cuando esto ha incidido en forma directa en mi vida. Y sobre todo, no tomarme en serio los protocolos y *habitus* patriarcales del mundito académico.

Éstas han sido mis permanentes fiestas de Adonis en la escuela y la academia. Sin embargo, me asaltan unas preguntas: ¿puede esta “risa de las oprimidas” ser mecanismo para impulsar la caída definitiva del patriarcado opresor? Y sobre todo, ¿cómo reír ante la brutalidad y el horror? ¿Cómo rescatar nuestra risa celebratoria del brazo feminicida, rapiñador, del mandato de masculinidad? ¿Qué será de nuestra risa muy otra? Ante esto, mi intuición femenina –esa “arma de las débiles”– me susurra, tranquila y gratificante, un pequeño, tímido y en apariencia contradictorio secreto: ese “otro modo de ser humano y libre” del que habla Rosario Castellanos sólo puede revelarse a través de la risa y la digna rabia.

Quiero regresarme a mí misma
lo mejor de la que fui.
Traerme a mí misma, como regalo,
ante mí.
Es un presente, un don, una ofrenda.
Esta que descubriste, que viene de lejos
y siempre ha estado aquí, junto a ti.
La que piensa y medita,
la que intuye,
la que se ama,
la que recuerda,
la que no sufre,
la que no teme.
Sobre todo:
la que ríe.
(Martínez, 2019: 57)

REFERENCIAS

- BERGSON, Henri
2008 *La risa. Ensayo sobre la significación de lo cómico*. Madrid: Alianza Editorial.
- BERGER, Peter
1999 *Risa redentora. La dimensión cómica de la experiencia humana*. Barcelona: Kairós.
- BERRYMAN, Phillip
1989 *Teología de la liberación*. México: Siglo XXI.
- BOURDIEU, Pierre
2007 *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI.
2000 *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- BOURDIEU, Pierre y Jean-Claude Passeron
2008 *Los herederos. Los estudiantes y la cultura*. México: Siglo XXI.

- BOURDIEU, Pierre y Löic J. D. Wacquant
1995 *Respuestas por una antropología reflexiva*. México: Grijalbo.
- BUQUET, Ana, Jennifer A. Cooper, Araceli Mingo y Hortensia Moreno
2013 *Intrusas en la universidad*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- CASTELLANOS, Rosario
2005 *Sobre cultura femenina*. México: Fondo de Cultura Económica.
- CLASTRES, Pierre
2010 *La sociedad contra el Estado*. Santiago de Chile: Hueders.
- CONNELL, R. W.
2003 *Masculinidades*. México: Programa Universitario de Estudios de Género, Universidad Nacional Autónoma de México.
- DE LA CRUZ, sor Juana Inés
1998 *Respuesta a sor Filotea de la Cruz*. México: DF, Fontamara.
- DOMÍNGUEZ MIRANDA, Claudia Maribel
2016 “Sobre cultura femenina, el primer ensayo de género de Rosario Castellanos”, en Mayuli Morales Faedo (ed.), *Ensayar un mundo nuevo. Escritoras hispanoamericanas a debate*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 159-181.
- DUBET, Françoise
2005 *La escuela de las oportunidades. ¿Qué es una escuela justa?* Barcelona: Gedisa.
- ESTRADA, Álvaro
1989 *Vida de María Sabina la sabia de los hongos*. México: Siglo XXI.
- GODELIER, Maurice
2011 *La producción de Grandes hombres. Poder y dominación masculina entre los Baruya de Nueva Guinea*. Madrid: Akal.
- GUBER, Rosana
2015 *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. México: Siglo XXI.
- HAYA, María
1987 *Cuba. Dos épocas. Raúl Corrales. Constantino Arias*. México: Fondo de Cultura Económica.
- HIERRO, Graciela
2001 *La ética del placer*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

LAGARDE y de los Ríos, Marcela

2001 *Claves feministas para la autoestima de las mujeres*. Madrid: Horas y horas la Editorial.

MARTÍNEZ LOZANO, Consuelo Patricia

2017a *Las instituciones de educación superior y la violencia de género*. México: Ediciones Eón.

2017b “Diversidad cultural, violencia simbólica y medios de comunicación”, en Consuelo Patricia Martínez Lozano (coord.), *La habitación de los espejos. Investigación y comunicación en las ciencias sociales y humanas*. México: Fontamara, 17-31.

2019 *Alas de sirena. Poemario*. México: Ediciones Eón.

MARTÍNEZ LOZANO, Consuelo Patricia y Daniel Solís Domínguez

2019 *Aprender a des-aprender el género. Reflexividad y narrativas de liberación de mujeres investigadoras*. México: Ediciones Eón.

MINOIS, Georges

2018 *Historia de la risa y de la burla. Del Renacimiento a nuestros días*. México: Universidad Veracruzana / Ficticia Editorial.

PALOMAR VEREA, Cristina

2009 “La cultura institucional de la equidad de género en la Universidad de Guadalajara”, en María Antonia Chávez Gutiérrez, María Rita Chávez Gutiérrez, Érika Ramírez Diez, María Elena Cruz Muñoz y Gabriela Karina Cervantes Fuentes (coords.), *Género y trabajo en las universidades*. Guadalajara, México: Universidad de Guadalajara / Instituto Municipal de las Mujeres en Guadalajara, 49-67.

SEGATO, Rita

2018 *Contra-pedagogías de la crueldad*. Buenos Aires: Prometeo.

2016 *La guerra contra las mujeres*. Madrid: Traficantes de Sueños.

2015 *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos. Y una antropología por demanda*. Buenos Aires: Prometeo.

2010 *Las estructuras elementales de la violencia*. Buenos Aires: Prometeo.

SENNETT, Richard

2002 *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Madrid: Alianza Editorial.

